héroes del ESPACIO

NOVELAS ECSA

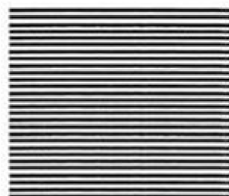
LUCKY MARTY

CAZANDO ESTRELLAS

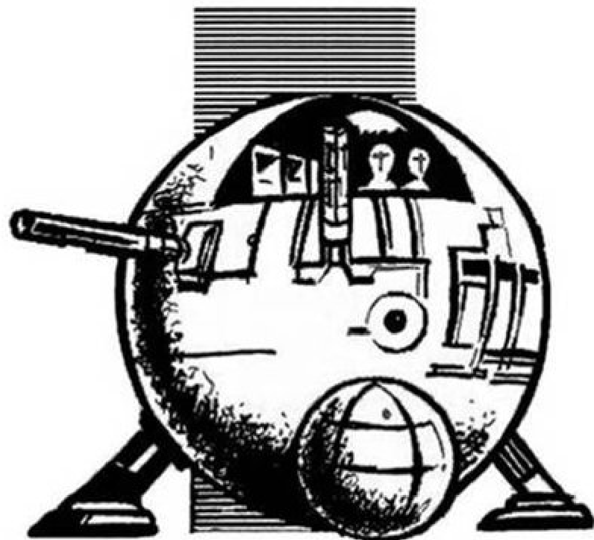
SOLO PARA ADULTOS



<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>



héroes del ESPACIO



ECSA

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

**ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN**

54.- SOS Galaxia, *Eric Sorenssen*
55.- Marea cósmica, *Clark Cañados*
56.- El planeta de los condenados, *Rocco Sano*
57.- Las colinas de Venus, *Trevor Sanders*
58.- Telaraña espacial, *Joseph Berna*
<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

LUCKY MARTY

Infierno galácticoCazando estrellas

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 59
Publicación semanal
<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

EDICIONES CERES, S. A.

AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7

Depósito legal: B. 13.329-1981
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: junio, 1981

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981
<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

Si hay otros mundos,
otros hermanos en el espacio...
¿por qué no ir en su búsqueda?

ELUARD

CAPÍTULO PRIMERO

El planeta Saturno ahora tenía doce lunas.

A sus diez satélites naturales, Minas, Encelado, Tetis, Dione, Rea, Titán, Temis, Hiperión, Yapeto y Fepe, por obra y ciencia del hombre, éste había conseguido situar en órbita dos satélites artificiales más, cuyos nombres correspondían a *Saturno XI y Saturno XII*.

Atrás, muy atrás, quedaba la conquista de la Luna, la de Marte, Venus, Mercurio, y también la del planeta gigante, Júpiter.

También habían prosperado los sondeos y las observaciones sobre Urano, Neptuno y hasta el lejano Plutón, perdido en los confines del Sistema Solar, ofreciendo a los habitantes de la pequeña Tierra los límites que marcaban el hiperespacio exterior.

Pero antes de lanzarse hacia la conquista de esos tres planetas, convenía que Saturno quedase también bajo la inteligencia del hombre, que estaba dispuesto a no detenerse nunca.

¡Hasta llegar a las estrellas!

De momento, *Saturno XI* y *Saturno XII* cumplían sus funciones de celosos observadores del planeta, adornado con los misteriosos anillos que le envuelven.

En realidad, el *Saturno XI* y el *Saturno XII* eran pequeños mundos metálicos, maravillas de la técnica y la electrónica. A simple vista, exteriormente no se diferenciaban en mucho a los otros diez satélites naturales, que desde la larga noche de los tiempos venían girando y girando en torno al sexto planeta del Sistema Solar, en orden de menor a mayor distancia del Sol.

Pero en el interior de aquellas dos estaciones espaciales todo era distinto.

Allí trabajaban y bullían más de seis mil seres humanos,

esforzándose en desentrañar los misterios que envolvían al planeta de los anillos, para añadirle algún día a su larga serie de conquistas espaciales, ansioso el hombre de dominar, al menos, todo su Sistema Solar.

Lo que ya consideraba «su mundo».

Indiscutiblemente, las dificultades eran muchas.

Desde los dos satélites artificiales de Saturno se habían comprobado los datos que, ya desde mucho tiempo atrás, se conocían sobre aquel cuerpo celeste: eso de que su diámetro ecuatorial midiese 119.700 kilómetros, lo que venía a demostrar que resultaba 9,4 veces superior al de la Tierra, no tenía mayor importancia: como no la tenía que su volumen fuese 745 veces mayor.

Pero sí tenía importancia que estuviese a una distancia media del Sol de 1.430 millones de kilómetros, porque ello conllevaba que el hombre tuviese que viajar con cada uno de los instrumentos que transportaba hacia los dos satélites artificiales, nada menos que entre 1.186 a 1.647 millones de kilómetros, según en la fase que se encontrase en su recorrido.

En cuanto a sus características físicas, ahora ya se había comprobado que su densidad equivalía a 0,13 la de la Tierra y a 0,72 la del agua. se había medido, y hasta la saciedad, que la densidad de la gravedad en la superficie de Saturno era igual a 1.06 comparada con la gravedad de la Tierra, con un promedio de luz y calor recibido del Sol de 0,011, tomando como unidad el recibido en el globo terráqueo.

Todo esto presentaba problemas muy difíciles de resolver.

Y aún había más.

La superficie de Saturno ofrece a la visión telescópica toda una serie de bandas o fajas paralelas al ecuador, de coloración gris parduzca, que resaltaban sobre la coloración rosada de la zona ecuatorial, y las azuladas de las regiones polares. Todo esto hacía suponer que Saturno se encontraba envuelto en una densa atmósfera y que sólo era dable observar ¡a. capa más extensa de ésta, cuya temperatura estaba siendo evaluada en unos 150 °C bajo cero, al estar principalmente constituida por amoniaco y metano.

Las manchas blancas que se podían observar desde los dos satélites artificiales eran atribuidas por los especialistas a nieve

amoniacal.

Para mayor dificultad, el planeta se encontraba rodeado de un anillo, que se presentaba como una reunión, como una agrupación muy compleja, de diversos anillos concéntricos.

La naturaleza de tal conjunto anular parecía ser un número enorme de astrolitos aislados entre sí, pero animados de un rápido movimiento de giro en torno al astro central, aproximadamente girando y girando en su mismo plano. La persistencia y superposición de las imágenes daba la sensación de continuidad, observada con la ayuda de los más modernos y poderosos telescopios.

Todo esto era como una barrera natural de «defensa» que Saturno ofrecía, resistiéndose a la insaciable curiosidad del hombre.

Si los anillos concéntricos constituían una plataforma sólida, por la concentración de miríadas de millones de astrolitos, cabía esperar que algún día una astronave podría posarse allí. Entonces, los arriesgados astronautas se encontrarían en una envidiable posición para echar una mirada al misterioso planeta.

O por decirlo en otros términos: se asomarían al interior de aquel nuevo mundo, que en su constante expansión pretendían conquistar.

Aparte del examen y estudio de los anillos de Saturno, la tarea estaba centrada en la inmediata posibilidad de poner los pies en la totalidad de sus diez satélites naturales. Y ello porque constituían ideales plataformas puestas allí por la ley gravitacional del Universo, que ahorrarían el costo de otras estaciones orbitales que se precisaban.

Esto no era ningún sueño irrealizable, habida cuenta de que ya se habían instalado observatorios astrofísicos sobre la superficie de la Luna, Marte y Júpiter.

Trescientos años después de la primera explosión atómica en Hiroshima y Nagasaky, el hombre había aprendido a utilizar la fuerza del átomo para algo más útil y constructivo que para auto aniquilarse. En el año 2245 todas las astronaves surcaban el espacio propulsadas por la energía nuclear, alcanzando no sólo velocidades de vértigo, sino capacidades de transporte ilimitadas.

La cuestión era atreverse a descender en alguno de los diez satélites naturales de Saturno, estudiarlo a conciencia y vencer

todas las dificultades que se presentasen para establecerse allí.

Por orden de menor a mayor distancia al planeta, Minas y Encelado se encontraban a 185 y 238 millares de kilómetros, respectivamente. Tetis, Dione y Rea, a 294, 337 y 527 millares de kilómetros» también respectivamente. Titán giraba a 1.223 millares de kilómetros. Temis a 1.460, Hiperión a 1.484, Yapeto a 3.583 y Fe-pe a 12.950 millares de kilómetros.

Una fiel y numerosa «familia de lunas», a la que se habían unido los nuevos «hijos» *Saturno XI* y *Saturno XII*, que giraban a sesenta millones de kilómetros del planeta a conquistar, en aquella eterna danza de cuerpos celestes en torno al lejano Saturno.

De cualquier manera, antes de poner las plantas de sus pies en aquellas «lunas» de Saturno, todos los científicos destinados en los dos satélites artificiales habían cumplido gran parte de su ardua tarea. Ya sabían que las dimensiones del conjunto de los anillos era de 278.000 kilómetros de diámetro exterior, con 149.000 de diámetro interior. Habían comprobado que tenían una anchura en conjunto de 67.400 kilómetros, un espesor de 70 y una masa de conjunto anular con respecto al planeta de 1/600.

Y todo esto en menos de dos años de encontrarse destinados allí, girando y girando como un satélite más de Saturno, a 1.647 millones de kilómetros de la madre Tierra, que los había enviado como adelantados del progreso de una súper civilización, que se negaba a aceptar barreras.

El más importante de los satélites era Titán, al poseer un diámetro de 4.200 kilómetros y una masa equivalente a 1,8 mayor que la de la Luna, el satélite natural de la Tierra. Al mismo tiempo, era uno de los satélites que presentaba algo de atmósfera, aunque las mediciones efectuadas en el *Saturno XI* denotaban que tal atmósfera podía resultar altamente perjudicial para el hombre, al contener ácidos y formas de sales venenosas.

Naturalmente, no sería nada de todo eso lo que les detendría. En la superficie de Venus y Mercurio tampoco se podía respirar libremente y se habían creado las condiciones necesarias para establecer allí colonias terrestres.

¿Y acaso no vivían ya en Marte más de doscientos millones de personas?

Afortunadamente, habían existido hombres tan audaces y

soñadores como Teilhard, que con sus palabras y sus trabajos científicos habían dado un gran impulso al género humano, soltando frases como ésta:

«A escala cósmica —y la física moderna nos lo enseña— sólo lo fantástico tiene posibilidades de ser verdadero.»

O grandes impulsores del espíritu como Oppenheimer, que manifestó en su día:

«Estamos empezando a calibrar la profundidad de lo extraño en nuestro mundo… ¡Y en el Universo entero!»

También había alertado a los hombres Haldane, predisponiéndoles para las mayores sorpresas al lanzarse a la conquista del espacio, cuando lo resumió todo al decir:

«La realidad no es solamente más fantástica de lo que suponemos, sino mucho más de lo que podemos imaginar.»

La mayoría de los científicos que voluntariamente habían pedido un puesto en el *Saturno XI* y el *Saturno XII* estaban convencidos de que el verdadero realismo moderno debía pasar a través de lo fantástico, lo mismo a escala cósmica y psicológica, que a la histórica y sociológica.

Porque, en realidad, ¿qué es lo fantástico?

Para la mayoría de los espíritus cobardes, lo fantástico queda definido como una violación de las leyes «naturales»; una aparición de lo imposible, de lo «irrazonable». Junto a lo insólito y lo curioso, es un aspecto más de lo pintoresco.

Digamos aquí que investigar lo pintoresco es casi una actividad ociosa y, resumiendo, una ocupación burguesa. Lo fantástico no es jamás una violación, sino una manifestación de las leyes naturales que, en un momento dado, se hacen realidad. Surge del mismo contacto con la realidad.

Con la realidad observada directamente y sin viejos tabúes y perjuicios, no filtrada a través de caducas creencias.

Fiel a tales ideas avanzadas, cuando terminaba sus trabajos y se reunía con otros en el comedor colectivo del *Saturno XI*, el joven Alan Prisley solía manifestar para desahogarse:

—Nuestra civilización, como toda civilización precedente, es una conjura, amigos míos.

—Lo que pasa es que tú eres un rebelde, Alan —le solía responder su buen amigo Al Borwski.

—No, Al no... Fíjate si no en la multitud de insignificantes «jefecillos» que se creen casi divinidades, y cuyo poder reside en nuestro tácito consentimiento en dejar de discutirles. Desvían incesantemente nuestra atención del aspecto fantástico de la realidad. La conjura de ellos se aplica en hacernos voluntariamente desconocer el hecho de que existen otros mundos en el Universo, porque se conforman con este mundo que tenemos, aterrorizándoles la posibilidad de que otros seres más inteligentes vengan a enmendarnos la plana, y por lo tanto a discutir los puestos privilegiados que ellos ostentan.

—Siempre hay gente conservadora, Alan.

—Lo admito, Al; pero deben permitir que los jóvenes soñemos.

—Admite también que tu sueño sí que es de lo más fantástico, Alan. ¡Pretendes «hablar» con las estrellas!

—¿Y por qué no?

—Aún están muy lejanas para nosotros.

—¡Pero están ahí! Nos miran, brillan y nos parpadean. ¡Nos envían su luz y sus mensajes!

—Mensajes que tú y los de su equipo pretenden descifrar, ¿no?

—Para eso solicité venir aquí. ¡Esta es una plataforma excelente, la más avanzada!

—Pero se construyó para conquistar Urano, no las estrellas.

—Cada cual haga su labor. Yo soy especialista en acústica y, además de cumplir con mi trabajo, realizo otras investigaciones.

—Experimentos y ensayos, que no le gustan al Gran Crazy Koza.

Al oír este nombre, Alan Prisley frunció el entrecejo y al terminar de masticar exclamó, con cierto aire de desespero:

—¡Bah! Es un viejo muy apegado a la rutina. No hace más que ponerme trabas.

—Algo bueno tendrá, cuando el Gobierno Planetario le nombró para dirigir *Saturno XI* y *Saturno XII*.

—¡Yo te lo diré! —volvió a excitarse Alan Prisley—. Es muy rígido y en la Tierra han querido poner aquí a un tipo que nos lleve a todos muy tiesos.

En aquel instante sonó un zumbido en el amplio comedor colectivo.

Era el aviso de que el tiempo para la comida había terminado.

Todas las mesas quedaron vacías y, al tener que levantarse aún

masticando, Alan Prisley quiso desquitarse al comentar al amigo:

—¿Lo ves? Vivimos aquí como en un cuartel…

CAPITULO II

De cualquier manera, así que Alan Prisley se veía libre de sus ocupaciones diarias, corría hacia la nutrida biblioteca del *Saturno XI* y se ponía a estudiar, ansioso de terminar su tesis para conseguir, del Gobierno Planetario, los nuevos instrumentos que él mismo inventaba.

Otros técnicos y especialistas también acudían a la biblioteca para matar sus horas de ocio, y no era extraño que, sobre todo con la llegada de las muchachas jóvenes, la conversación se hiciese general y cada cual se esforzase en exponer sus teorías.

Indiscutiblemente, llevado por su vehemencia temperamental, el joven ingeniero se llevaba la palma en esto y en no pocas ocasiones se encontraba exponiendo:

—Pero decidme… ¿Es concebible que nosotros, ciudadanos del mundo del siglo XXIII, seamos en el Cosmos los únicos organismos de apariencia humana?

Al polaco Al Bowski le gustaba llevarle la contraria y aquella noche objetó:

—Puesto que ningún museo exhibe un homúnculo disecado de otros planetas para información de la Humanidad, parece convincente y legítimo responder: «Sólo en nuestra Tierra existe vida humana».

Deseoso de asentar sus teorías, Alan Priskey empezó a exponer:

—Pues escucha, incrédulo… Según afirman los astrónomos, en una noche clara podemos ver a simple vista en el firmamento cuatro mil quinientas estrellas.

—¡Las has contado, Alan? —quiso concretar la bonita atomista Susan Trajan.

Alan Priskey tuvo que apartar la vista de la atractiva

luminosidad de aquellos ojo azules para mejor poder seguir el curso de sus pensamientos, logrando decir:

—Sí, preciosa; las he contado y aún he catalogado otras muchas más.

—¿Como cuántas? —insistió ella, divertida al verle vacilar ante sus miradas.

—El anteojo de un modesto observatorio astronómico localiza ya fácilmente dos millones de estrellas. Y un moderno telescopio catóptrico puede captar el resplandor de millares de millones... puntos luminosos de nuestra Vía Láctea.

—O sea, que hay allá arriba... ¡y allá abajo!, más estrellas que en el cine —bromeó el polaco Al.

Alan Prisley no dejó de mirarle amistosamente, al añadir:

—Pero, comparado con las ingentes dimensiones del Cosmos, nuestro sistema planetario es sólo una parte ínfima de otro sistema planetario mucho más impresionante; un haz de vías lácteas, por decirlo así, que contiene aproximadamente veinte galaxias en un radio de 1,5 millones de años luz que sabéis...

—Sí, Alan, lo sabemos —interrumpió el astrónomo Pierre Bennet —. Un año luz, que equivale a 9.500 millones de kilómetros.

—¡Exacto, señor Bennet! Y así mismo, ese enjambre estelar es muy poca cosa en comparación con los numerosos millares de nebulosas espirales que revela el microscopio electrónico.

—Eso hasta la fecha presente, ¿no, Alan?

—Sí, Al. Y sabes que esas investigaciones cada día se van ampliando.

—Sigue. ¡Todo es muy interesante! .

—El famoso astrónomo Harlow Shapley divisa 1020 astros, más o menos, empleando tan sólo un telescopio ordinario. Cuando Shapley asocia un sistema planetario a una estrella de cada mil, cabe suponer que su cálculo es extremadamente cauteloso. Si seguimos especulando con ese cálculo e imaginamos las premisas necesarias para vivir solamente en una estrella de cada mil, el susodicho cómputo da todavía una cifra de IO20 y el astrónomo pregunta: «¿Cuántas estrellas poseen una atmósfera apropiada para la vida en ese fidedigno reencuentro "astronómico"? ¿Una de cada mil? Entonces, aún tendremos la increíble cifra de cien mil estrellas que reúnen condiciones para vivir.» Aun cuando supusiéramos,

tomando como base esa cifra, que en uno de cada mil planetas hay vida, nos quedarían todavía 100 millones de planetas para especular sobre tales posibilidades de vida. Esta computación está respaldada por telescopios provistos con los actuales dispositivos técnicos y cuyo perfeccionamiento prosigue sin interrupción.

El silencio de los que se iban congregando ante la larga mesa le hizo proseguir a Alan Prisley:

—Si nos atenemos a la hipótesis del bioquímico doctor Miller, aquí presente, la vida y las condiciones vitales en algunos de esos planetas han evolucionado posiblemente bastante más aprisa que en la tierra. Según ese audaz cálculo, podría haber 100.000 planetas cuyas civilizaciones se han adelantado a la nuestra.

El nombrado Miller secundó al joven Alan Prisley al aducir:

—El recuento de las estrellas, sólo en nuestra Vía Láctea, ronda los treinta mil millones. Hoy, la Astronomía estima admisible la suposición de que nuestra Vía Láctea abarque, por lo menos, dieciocho mil millones de sistemas planetarios.

—Gracias, profesor Miller. Bien; intentemos ahora reducir esa cifra a su mínima magnitud y supongamos las equidistancias entre sistemas planetarios equilibrados de tal forma que sólo en; uno de ellos, de cada cien casos, un planeta gire en la oecosfera alrededor de su sol: nos quedarán todavía 180 millones de planetas donde pueda haber vida.

Hizo una pausa, antes de añadir:

—Sigamos suponiendo que sólo uno de cada cien planetas cobija la vida, lo cual es, por cierto, posible. Tendremos todavía 1,8 millones de planetas con vida. Una suposición adicional prevé por cada cien planetas con vida uno donde viven seres con un coeficiente de inteligencia similar al del *Homo sapiens*. Pese a esta última conjetura, nuestra Vía Láctea aún conserva un ejército de 18.000 planetas habitados.

Al Browski silbó, aunque animando al amigo a que continuase.

—Puesto que otros cómputos más recientes hablan de cien mil millones de estrellas fijas observadas en nuestra Vía Láctea, probablemente su número es superior, sin punto de comparación, a la cifra mencionada por el profesor Ley, según su prudente cálculo.

—Así es —confirmó el astrónomo Miller.

—Sin necesidad de citar cantidades utópicas ni hacer referencias

a galaxias ajenas, puede suponerse que a una distancia relativamente corta de la Tierra, hay 18.000 planetas cuyas condiciones de vida se asemejan a las del nuestro. Aún podemos ir más allá y hacer esta reflexión especulativa: si estuviesen habitados únicamente el uno por ciento de esos 18.000 planetas... ¡aún quedarían ciento ochenta!

—Pero ¿qué clase de planetas, Alan? —preguntó una de las muchachas de la Sección Administrativa.

—No cabe poner en duda la existencia de planetas análogos a la Tierra, Elizabeth... Con la misma composición proporcional de gases nobles con idéntica gravitación, con flora e incluso tal vez fauna parecidas. Pero, ¿acaso han de ser necesariamente como la Tierra aquellos planetas donde pueda haber vida?

—No necesariamente —confirmó un joven biólogo.

—Mediante la investigación progresiva se ha superado ya el criterio de que la vida sólo es posible con las condiciones terráqueas. Se equivoca quien crea que la vida no puede existir sin agua ni oxígeno. A decir verdad, en nuestra propia Tierra hay seres que no necesitan oxígeno. Son las bacterias anaeróbicas. Cualquier porción de oxígeno obra sobre ellas como un veneno. ¿Acaso no pueden existir seres superiores que no necesitan oxígeno? ¿Lo impide alguna razón?

—Hombre, Alan... Hasta ahora, nosotros...

—Vivimos bajo la tensión y la presión diarias de nuevos conocimientos que desbordan nuestro concepto e idea del mundo. El afán descubridor concentrado sobre nuestra Tierra hasta un pasado muy reciente, ha ensalzado este mundo nuestro como planeta ideal.

—¿Acaso no lo es?

—Bien; no es demasiado caluroso ni demasiado frío, nos ofrece agua, posee oxígeno en cantidades ilimitadas, los procesos orgánicos rejuvenecen periódica y constantemente la Tierra...

—¡Ay, quién estuviera allá! —volvió a bromear Al Browski.

—Verdaderamente, el supuesto de que la vida sólo puede existir y medrar en planetas semejantes a nuestro globo no es defendible. Según se ha calculado, sobre la Tierra viven dos millones de especies diferentes, y 1,2 millones de ellas —¡de nuevo los cálculos, amigos míos!— han sido «catalogadas» científicamente. Ahora bien,

bajo esos seres captados por la ciencia vegetan varios miliares que, de acuerdo con los conceptos consagrados hasta ahora, no debieran haber existido jamás. Es preciso analizar y revisar de nuevo las premisas necesarias para la vida.

—Yo no la concibo sin buen vino —dijo el polaco.

—Por ejemplo, se pensaba que el agua altamente radiactiva estaba libre de gérmenes. Sin embargo, algunas especies bacterianas se conforman con ese agua mortífera que rodea a los reactores nucleares.

—Yo he analizado esas bacterias —volvió a confirmar el biólogo.

—Escuchad. El ensayo del científico doctor Siegel tiene cierta calidad espectral. El doctor Siegel creó en un laboratorio las condiciones vitales de Júpiter y su atmósfera, mucho antes de que pusiéramos las plantas en ese gigantesco planeta. Luego, crió allí —una atmósfera cuyas propiedades no tienen nada en común con los requisitos estimados precisos hasta ahora para la «vida»— bacterias y ácaros. No los mató el amoníaco, ni el metano, ni el hidrógeno.

—Todo eso es muy curioso —se interesó la rubia Susan Trajan —. Sigue, Alan, por favor…

—Los ensayos de los entomólogos Hinton y Blum, de la Universidad de Bristol, en Inglaterra, hace tiempo aportaron resultados no menos desconcertados. Ambos científicos mantuvieron encerrados varios mosquitos comunes durante algunas horas a una temperatura de cien grados Celsius: luego, sumergieron inmediatamente sus animales de ensayo en helio líquido que, como es sabido, tiene la baja temperatura del espacio cósmico. Tras la aplicación de potentes rayos luminosos, los mosquitos se comportaron de nuevo como si les rodearan las condiciones normales de vida. Lo imposible sucedió: las larvas reanudaron su proceso biológico y, a su debido tiempo, se transformaron en mosquitos completamente «sanos».

—Sí, pero una vida racional…

—Espera, Al. También sabemos de bacterias que viven en volcanes, de otras que devoran piedras y aun de otras que producen hierro. El campo de los interrogantes se amplía sin cesar.

—Es cierto. En muchas centrales de investigación se multiplican los ensayos. Pruebas incontrovertibles cada vez más numerosas

demuestran que la vida no está condicionada en modo alguno por las premisas existenciales de nuestro planeta.

—Veo que me sigue, profesor Miller —agradeció el joven—. Pero tales creencias antiguas aún prevalecen porque, durante siglos, las leyes «naturales» y las condiciones vitales del globo terráqueo parecieron ser el ombligo del Universo. Esa convicción desplazó y emborronó la perspectiva real; puso anteojeras a los investigadores haciéndoles calibrar el Cosmos con nuestros módulos y nuestra mentalidad. Teilhard de Chardin, el pensador clásico que tardó mucho en imponer sus teorías, saben que formuló este postulado: «Sólo lo fantástico tiene posibilidad de ser real en el espacio cósmico.»

—Aceptado eso, Alan. Pero de ahí a pretender «hablar» con las estrellas…

—Algún día lo conseguiremos, Al. Por otro lado, la inversión de nuestro razonamiento —tanto si es fantástico como real— significaría que los intelectuales de otro planeta tomarían como canon absoluto «sus» condiciones de vida. Si viviesen, por ejemplo, con una temperatura de 150/200 grados Celsius bajo cero, se remitirían a tales temperaturas, inconcebibles con nuestra existencia, para considerar las posibilidades de vida en otros planetas. Mediante esa misma lógica, nosotros pretendemos esclarecer las tenebrosidades de nuestro pasado.

—Se aprende viviendo, Alan. De error a error.

—A veces nuestro amor propio, transmitido de generación en generación, nos ha hecho culpables de sentido común y objetivismo o, dicho con palabras lapidarias, de mantenernos firmes sobre la Tierra, siempre discretos y confiados. En toda época, cualquier tesis audaz parece una utopía. Y… ¡cuántas utopías se han hecho realidad cotidiana a lo largo del tiempo! Como es natural, los ejemplos aquí expuestos representan intencionadamente posibilidades extremas. Ahora bien, aunque lo improbable aún carece hoy día de una proyección imaginable, con el tiempo caerán barreras que nos permitirán entrever sin perjuicios las posibilidades que el Cosmos aún oculta.

—No hay duda de que tú trabajas para ello, amigo.

—Al menos lo intento. Generaciones venideras hallarán una vida exuberante e insospechada en los espacios planetarios. Y terminarán

reconociendo con resignación, aunque nosotros no podremos ya presenciarlo, que no son la única inteligencia y, seguramente, tampoco la más antigua del Universo.

—Tú buscas la vida en esos hipotéticos sistemas solares de tantos millones y millones de estrellas. ¡De acuerdo, Alan! Pero, admitiendo que existan tales seres, ¿pretendes decirnos que son más antiguos y más inteligentes que nosotros?

—Verás, Al... Se calcula que la edad del Universo oscila entre los ocho y doce mil millones de años. Los meteoritos colocan rastros de materia orgánica bajo nuestro microscopio. Renacen bacterias cuya vida se cuenta por millones de años. Esporas impulsadas por la presión lumínica de algún sol atraviesan los espacios siderales hasta someterse a la gravitación de cualquier planeta. Nueva vida surge sin cesar en el ciclo infinito de la Creación, y ese proceso se viene repitiendo durante millones de años. Minuciosos e incontenibles análisis de muy diversos minerales en todos los rincones de [nuestro mundo demuestran que la corteza terrestre se formó hace unos cuatro mil millones de años . Sí... Un millón de años atrás, la ciencia lo sabe bien, existía ya algo parecido al ser humano. Con gran laboriosidad, muchos investigadores curiosos e inquietos consiguieron aproximarse a esa monstruosa corriente del tiempo para encauzar un reguero de 7.000 años: la Historia de la Humanidad. Pero ¿qué son 7.000 años de historia humana comparados con millones y millones de Historia Universal cósmica?

Una vez más el joven soñador miró a todos los reunidos en aquella parte de la habitación, añadiendo:

—Nosotros, ¡corona de la Creación!, necesitamos 400.000 años para alcanzar el estado actual, la estatura actual, nuestra civilización actual. ¿Hay quien aporte el testimonio de descargo? ¿Por qué no ha de ofrecer otro planeta cósmico condiciones ambientales más favorables para el desarrollo de una inteligencia distinta o similar? ¿Por qué no podemos encontrar la «competencia» de otros planetas cósmicos cuya vida sea equivalente o superior a la nuestra? ¿Puede desestimarse tal posibilidad?

—Hasta ahora lo hemos hecho así, Alan.

—¡Cierto! ¡Y con cuánta frecuencia se desplomaron los pilares de nuestra sabiduría! Muchos centenares de generaciones creyeron que la Tierra era un disco. Durante muchos miles de años rigió la

supuesta regla de oro: el Sol gira alrededor de la Tierra. Hoy, aún estamos convencidos de que nuestro Globo es el centro del Universo..., aunque se ha probado sobradamente que la Tierra es un astro ordinario y bastante insignificante por su magnitud, situado a 30.000 años luz del eje de la Vía Láctea...

—¿Hablas de los humanos con desprecio, Alan?

Cambiando el tono de su voz, el joven ingeniero miró fija y risueñamente a la bonita muchacha, objetando a su vez con media sonrisa:

—Bastaría mirarte a ti, querida Susan, para afirmar que la raza, humana parece perfecta.

—¡Muy galante!

—Tu belleza es radiante y sugestiva, pero...

—Pero ¿qué, Alan?

—Que ya va siendo hora de reconocer nuestra pequeñez mediante progresivos descubrimientos en el in finito e inexplorado Cosmos. Sólo entonces comprenderemos de verdad que somos seres hormigas dentro del concierto universal.

—Total... ¡Que no valemos para nada! —dijo otra joven.

—No es así del todo. Sirga. Estamos aquí, ¿no? Y el *Saturno XI* es una excelente obra de ingeniería, que demuestra de lo que hemos sido capaces.

Hizo otra pausa, antes de añadir con más entusiasmo:

—Por otra parte, nos esperan nuevas oportunidades. ¡Y hacia ellas debemos ir sin descanso!

El jovial Al Browsky se levantó, proponiendo risueño y con no menos entusiasmo que su joven amigo:

—¡Bien dicho, Alan! ¡Hacia las estrellas! Pero... ¿qué os parece si brindamos por eso en el bar?

—Vamos allá, Alan. ¡Debes tener seca la garganta de tanto hablar! —aprobó la rabia Susan Trajan.

Inesperadamente, una voz muy conocida llamó la atención general al manifestar con sequedad:

—Lo que se le secará será el cerebro, por decir tantas estupideces.

El «gran» Crazy Koza, jefe supremo de *Saturno XI y Saturno XII* estaba allí, para anunciar a renglón seguido:

—Venga, Prisley... ¡Tengo un trabajo extra para usted!

CAPITULO III

Al salir al pasillo, siguiendo los pasos del viejo pero enérgico jefe de la estación espacial, Alan Prisley se vio montado en la cinta transportadora, que les llevó hasta la misma entrada del ascensor.

El mismo Grazy Koza presionó el botón y, mientras ascendían, con su voz áspera y seca le manifestó al joven ingeniero:

—Estoy disgustado con usted, Prisley.

—Y al instante, sin dar tiempo a responder y con más sequedad en la voz, le anunció—:. ¡Voy a solicitar su traslado!

—¿Por qué, señor Koza?

—Ya se lo he dicho. ¡Usted me disgusta!

Alan Prisley nunca había tenido ni mucha paciencia, ni temperamento servil. Contrariamente a eso, su temperamento era muy analítico y por eso deseó concretar:

—Deme al menos una buena razón, señor.

—Entre otras muchas, me disgusta esa majadería de pretender entrar en contacto con las estrellas.

—¿También es de los que niegan esa posibilidad, señor Koza?

—¡Rotundamente!

Alan Prisley no tuvo tiempo para replicar, porque las puertas metálicas se abrieron y volvieron a montar sobre una cinta transportadora, que les llevó exactamente ante las puertas del despacho particular del jefe de la estación espacial. Dos centinelas con uniformes militares y armas de rayos láser montaban la guardia allí, aunque en realidad aquella secundaria vigilancia no era más que un lujo.

Un lujo porque en aquel despacho sólo podía entrar Grazy Koza, y eso tras la introducción de su tarjeta de identidad en una pequeña ranura situada en la pared, poniéndose así en marcha el mecanismo

electrónico que facilitaba la entrada.

En los dos años que Alan Prisley llevaba en el *Saturno XI* jamás había estado allí.

El amplio despacho le impresionó, más que por sus gigantescas dimensiones y aire cómodo, aunque muy funcional, por la cantidad de sofisticados y modernos aparatos extendidos por allí, anunciando que aquél era el centro nervioso de un cuidado sistema que todo lo regía por computadoras y cerebros electrónicos.

En la gigantesca pantalla del fondo, el joven visitante percibió infinidad de puntitos luminosos que se apagaban y encendían, en un parpadeo constante que iluminaba unas cifras, También vio que el hombre que le abría camino se dirigió hacia allí, al objeto de pulsar otra pantalla audiovisual al indagar, siempre secamente y enérgico:

—Señor Kotten. ¿Qué hace usted en la piscina? Control me marca que debería usted ya estar en los talleres.

De soslayo, Alan Prisley alcanzó a distinguir el rostro asustado del buen Kotten, escuchando su voz al excusarse:

—¡Oh! Perdone usted, señor Koza. ¡Ahora..., ahora mismo voy!

—¡Vaya rápido y olvidaré esta negligencia! ¡Ya está avisado!

—Sí, señor Koza, sí.

Sin poderlo evitar, consciente de que aquel severo control sólo era posible por las placas metalizadas que ¡lodos llevaban con su numeración, que correspondía a una cifra determinada de isótopos radiactivos, Alan Prisley miró a la suya y para sí musitó:

«Este viejo zorro nos controla a todos, como si fuésemos esclavos.»

Pero aceptó el asiento que con mudo gesto le ofrecía, al tiempo de oírle decir, ya iras su monumental mesa de despacho:

—Bien, explíqueme de una condenada vez en qué consisten sus extrañas teorías.

Sentado ante aquel ser omnipotente incapaz de una sonrisa, el joven Alan Prisley se frotó las manos, parpadeó varias veces y al fin acertó a decir:

—Se traía de las radiaciones, señor Koza...

—Eso ya lo sé. Me refiero a esa ridícula manía de pretender «hablar» con las estrellas, como dice su amigo polaco.

—Al es muy festivo y todo se lo toma a broma, señor.

—¡Pero yo no! Y como soy un «ogro», como me llaman muchos

de ustedes... ¡todo me lo tomo muy en serio!

—Entonces...

—¡Adelante, Prisley! Soy un buen científico, pero ésa no es mi especialidad. ¡Y usted lo sabe! —Cierto, señor Koza.

—Pues entonces... ¡empiece de una condenada vez!

Armándose de paciencia, procurando ajustar sus revolucionarias teorías a la concisión de pocas palabras, el joven ingeniero empezó a manifestar:

—Verá, señor... Las nuevas posibilidades de observación de la bóveda celeste nos han conducido, en los últimos diez años, a grandes revoluciones en el campo de la cosmogonía.

—¡Siga!

—Una gran parte de nuestros conocimientos actuales en relación con el Universo que observamos se funda ya en las averiguaciones realizadas con la ayuda de los telescopios óptimos normales, sino en las conseguidas con el uso del radiotelescopio, con cuyo auxilio podemos detectar las ondas de radio procedentes del espacio...

—¿Pretende decirme que recibimos «ruidos» del espacio interestelar?

—¡Muchos, señor!

—A ver, explíqueme eso.

—Esos «ruidos»..., mejor dicho, esas ondas electromagnéticas, fueron descubiertas por el profesor Cari G. Jansky en los Estados Unidos. Y gracias a él, el también astrónomo norteamericano Walter Beade, utilizando un telescopio de cinco metros, en Monte Palomar, pudo comprobar que tales ondas de radio proceden, de entre otras regiones, de la constelación del Cisne...

—Que si no me equivoco, se encuentra a una distancia de 700 millones de años luz de la Tierra. ¿No es así, joven?

—Sí, señor Koza.

—¿Y le parece a usted eso algo razonable?

—Lo que puedo decirle es que tales ondas se captaron, aunque gracias a la ayuda de los grandes radiotelescopios existentes en Cambridge, en Inglaterra, y los de Sydney, en Australia.

—¿Y se trataba de señales producidas artificialmente?

—No, señor. La irradiación de alta frecuencia era tan rica en energía, que fue atribuida, necesariamente, a fenómenos de índole natural.

—Explíqueme eso mejor.

—Según los datos que he podido recopilar, insisto en decirle que la intensidad de aquellas irradiaciones alcanzaron desde IO23 hasta IO34 KW, lo cual corresponde a una intensidad de 100.000 a 1.000.000.000 de millones de bombas atómicas, del tipo de la Hirosima, por segundo.

—¿Có…cómo dice? —pareció interesarse más Grazy Koza.

—En otras palabras, señor, que por aquellas fechas tuvo lugar un formidable estallido en el Universo, de ese orden.

—¡Qué barbaridad! ¿Y cómo fue que la Tierra no percibió nada?

Con media sonrisa que pretendía ser benevolente, el joven informó:

—Una colisión de tal clase no reviste peligro para las estrellas y los sistemas solares, debido a que discurren a grandes distancias. Sin embargo, la interacción de los gases de dos galaxias que chocan entre sí, sí originan una fuerte emisión de ondas de radio. Esos fenómenos se observan en determinadas regiones del cielo.

—Siendo fenómenos «naturales», ¿por qué le interesa a usted captar esos «ruidos» cósmicos?

—En primer lugar, porque tras largos años de estudios y experimentaciones, soy de los que cree que esa teoría del choque de las estrellas o las galaxias, no sirve hoy en día para explicar el origen de todas las ondas de radio que, a veces, se llegan a captar…

Ante el serio silencio de su jefe, Alan Prisley no tuvo más remedio que seguir:

—Tampoco es suficiente para la explicación de estos fenómenos la hipótesis de que las radiofuentes a que nos referimos son los puntos donde chocan entre sí nuestro mundo y el mundo opuesto al nuestro, el constituido por antimateria. Cierto que han de existir tales lugares, pero son sumamente raros…

—¿Qué otras posibles explicaciones hay?

—Verá, señor… Hace tiempo, el radio astrónomo soviético I. S. Chklovsky, ya formuló una teoría. Anticipemos que Chklovsky era un científico absolutamente serio y que su teoría ha gozado de aceptación general. En opinión suya, las radiofuentes surgen al ser apresados por el campo magnético de una galaxia electrones que se desplazan por el cosmos a una velocidad casi igual a la de la luz. Los electrones han sido liberados probablemente por explosiones de

estrellas, o sea, mediante la formación de lo que llamamos estrellas novas. De ser cierta esta teoría, muchas de las radiofuentes serían, entonces, de antigüedad bastante reciente. Según esta hipótesis, la radiofuente existente en la constelación del Cisne, no tendría más allá de 400.000 años de antigüedad.

—¡Uf! Todas esas cifras me marean.

—Verá, señor… Partiendo de observaciones efectuadas en el observatorio astronómico de Yerkes, en los Estados Unidos, Geoffrey Burbidge ha desarrollado en estos últimos tiempos otra teoría considerablemente más audaz. Con arreglo a su hipótesis, las radiofuentes tienen su origen en una reacción en cadena inimaginablemente violenta que se propaga casi a la velocidad de la luz y que destruye galaxias enteras en igual forma que son destruidos los núcleos atómicos en el curso de una explosión nuclear.

—¡Qué barbaridad! —volvió a exclamar Grazy Koza.

—Este científico supuso que la intensa irradiación de una supernova «contagia» a otro cuerpo celeste cuando lo alcanza, transformándolo asimismo en una supernova y continuándose el proceso hasta el momento de quedar aniquilada la galaxia entera.

—Imagino que una reacción en cadena de ese tipo será algo espantoso.

—No imagine, porque realmente resulta imposible de imaginar, señor. Un cataclismo de tal magnitud cósmico, créame que escapa a toda capacidad humana.

—Ya…, ya… Recuerdo que me ha hablado de explosiones de cien mil a un billón de bombas atómicas como la que se arrojó en Hirosima, estallando a la vez.

—A la vez y a cada segundo, señor Koza…

—¡Espantoso!

—¡Calcule, señor! Sobre todo si aceptamos la hipótesis de que hay en el Universo un número incontable de sistemas solares, con sus correspondientes cortes de planetas, posiblemente habitados. Un catástrofe de tal naturaleza supondría el fin de decenas de millones de civilizaciones.

—Un juicio final mucho más espantoso que el anunciado en e! Apocalipsis, para nosotros, en la Tierra.

—Pero también existen otras teorías, señor.

—Adelante con ellas.

—El físico soviético V. L. Gizburg defendió la opinión de que las radioondas no surgen a consecuencia del aniquilamiento de las galaxias, sino que son originadas por la formación de galaxias nuevas. Una nube de protomateria se contrae y da lugar a que se formen vanas galaxias. Esta contracción origina rayos cósmicos que inciden sobre el gas de la nube, lo que, a su vez, se traduce en la liberación de electrones rápidos que originan, por su parte, las ondas de radio. Como ve, la teoría del ruso Ginzburg se apoya en cálculos exactos y explica, al menos; una parte de las radiaciones.

—Por lo que dice, es muy posible que exista no sólo una explicación, sino varias para la existencia de las fuentes de emisoras de radioondas.

—En todo caso, señor, surgen a consecuencia de catástrofes de magnitud inimaginable, demostrativas de que el Universo no ha alcanzado un estado que pueda calificar de estable o estacionario.

—¡Cierto!

—Las galaxias actúan mutuamente unas sobre otras. La investigación científica precisa de este fenómeno ha dado por resultado descubrir que las fuerzas actuantes en tales casos no guardan relación alguna con la clásica fuerza de gravedad que conocemos. Tiene que tratarse de fuerzas de otra clase que actúan sólo a grandes distancias y sobre masas muy grandes. Pero hasta ahora no se tiene ni la menor sospecha de qué fuerzas pueden ser estas a que nos referimos.

—Resumiendo, Prisley. ¿Qué pretende usted investigando sobre todo eso?

—Llegar a establecer algún… algún contacto, señor.

Con su característica seriedad, acentuada al mirar a su visitante muy fijamente, Grazy Koza se inclinó sobre la mesa al indagan

—¿Se refiere usted a establecer contacto con algún… extraterrestre?

Alan Prisley pareció reflexionar antes de contestar. Pero cuando lo hizo, dijo con firmeza:

—Sí, señor Koza. ¡Precisamente intento eso!

Levantándose, al mismo tiempo de golpear la mesa con la mano enérgicamente, Grazy Koza manifestó a su vez:

—¡Absurdo! ¡Ridículo! ¡Totalmente descabellado! —¿Por qué,

señor?

—Porque está ya más que demostrado que no existe vida, al menos vida racional, fuera de la Tierra.

—Otros muchos opinan lo contrario, señor Koza.

—Y claro, usted es uno de esos locos.

—Hay muchos fundamentos para que opine así, señor. He intentado…

Cortándole tajante, ayudándose con el movimiento rápido de una de sus manos, el jefe de la estación espacial arguyó:

—Lo que ha intentado es embaucarse con cifras y teorías abstractas, como suele hacer con sus compañeros de trabajo.

—Confieso que suelo mantener mis teorías con ellos… ¡pero no en plan embaucador, señor!

—¡No me replique, Prisley! Y, además…, ¡lo hace en horas de trabajo!

—¡Eso no es cierto, señor!

—Por tanto, antes de que le remita hacia la Tierra… ¡será trasladado al *Saturno XII*!

—Pero, señor, eso…

—¡No se hable más!

—Permítame rogarle que no haga eso, señor Koza. Tardé mucho en conseguir que me destinaran aquí, por considerar al *Saturno XI* como una plataforma ideal para continuar con mis experimentos y ahora…

—Desde ahora, no gastará más energía con sus radiotelescopios y todos sus estrafalarios instrumentos, señor Prisley. Y los últimos que le enviaron serán destruidos.

Al oír aquello, el joven ingeniero olvidó toda prudencia al objetar:

—¡No se puede hacer eso! Pertenecen al Gobierno Planetario.

—Y yo soy el representante legítimo de tal gobierno aquí.

—pero sus decisiones…

—Mis decisiones deben tomarse como ley, señor Prisley. Me han asignado una tarea y la debo cumplir. En el *Saturno XI* y en el *Saturno XII* sólo debemos estar atentos a todo lo que concierne a ese planeta. Todo lo demás… ¡son tonterías!

—Pero…

—¡Tonterías y pérdida de tiempo! —siguió sentenciando.

Viéndose perdido, el joven estalló al manifestar, también iracundo:

—Señor Koza... Usted es... es...

—Adelante... ¡Desahóguese!

—¡Es un dictador!

—Pero cumplo con mi cometido.

—¡Se equivoca! No lo hace quien detiene el progreso.

—¿A qué progreso se refiere, iluso?

—Su raquítica mente no puede concebir lo que significaría llegar a establecer contacto con otros mundos.

—Nos basta con la civilización que tenemos. ¡No Queremos extraños intrusos!

—Luego, admite su posible existencia, ¿no?

—Aun siendo así... ¡La rechazo!

—Pero ¿por qué? Nada se adelanta con la política de! avestruz, metiendo la cabeza bajo el ala para no ver lo que puede llegar. ¡Eso sólo lo hacen los... cobardes!

—¡Ya basta! Me está haciendo perder mi valioso tiempo.

Grazy Koza pareció olvidar totalmente al hombre que tenía ante él, para pulsar el botón del visófono y ponerse a ordenar, así que el rostro del funcionario de tumo apareció en la pequeña pantalla:

—Orden con prioridad. El ingeniero astrofísico Alan Prisley será trasladado al *Saturno XII* hoy mismo.

—Bien, señor Koza. Lo estoy computando.

—Avíseme cuando sea cumplida la orden.

—Así se hará, señor Koza —aceptó la voz del funcionario.

Grazy Koza apagó el visófono, se dignó mirar al joven, que seguía ante él, y pareció desear:

—Suerte en su nuevo destino, señor Prisley.

Alan Prisley giró sobre sus talones y caminó cabizbajo hacia las puertas que ya permanecían abiertas ante él.

CAPITULO IV

Discretamente, el pelirrojo Al Browski buscó la salida del aposento, así que vio ¡legar a la rubia Susan Trajan. Pero desde la puerta alzó su mano y anunció al amigo:

—Nos veremos en la rampa de lanzamiento, Alan.

Ligeramente ruborosa, la muchacha miró alternativamente a los dos hombres y terminó diciendo:

—No hace falta que te vayas, Al... Sólo he venido a despedirme de Alan y yo..., yo...

El polaco guiñó un ojo con gesto que pretendía ser picaresco al objetar:

—Te despedirás mejor si estáis solos, rubita.

Nada más cerrarse la puerta, algo confusa la mujer comentó con gestos que pretendían ser risueños, para ocultar su congoja:,

—Al siempre tan bromista.

—Sí, Susan... También voy a echarle mucho de menos.

Al decir aquello, Alan Prisley dejó de hacer su equipaje y se puso a mirar fijamente a las pupilas azules de la mujer, que vio veladas por las rebeldes lágrimas que no era capaz de reprimir.

Había llegado la hora de confesárselo.

—¡Te quiero, Susan!

—¡Oh, Alan! ¡Yo a ti también, amor mío! Instintivamente los dos acortaron la distancia, hasta verse fundidos en un abrazo que estrechó sus jóvenes cuerpos hasta el paroxismo. Hasta que al poco, con perezosa negligencia y la mayor naturalidad, tras colgarse del cuello masculino ella le fue venciendo hasta llevarle a la fuente exótica y húmeda de sus labios entreabiertos, donde Alan aplastó los suyos vibrando toda su naturaleza.

Notó las lenguas resbalando una sobre otra, enzarzándose con la

pasión que les consumía y que les hizo estremecer. La caricia cálida y pastosa de la mujer se fue prolongando y transmitiéndole la vehemencia de un amor que ya no podía seguir silenciándose.

—¡Oh, mi vida! ¡Cuántas veces he deseado besarte así, Susan!

—Y yo a ti, cariño. Pero...

—Calla... ¡Quiero volver a sentirte otra vez mía!

A partir de aquellos deliciosos instantes Alan Prisley dejó de ser el hombre fracasado y abatido que en las últimas horas había visto evaporarse todos sus sueños. Estrechando con fuerza el delicioso cuerpo de aquella mujer volvió a sentirse fuerte, vigoroso y con esperan zas. La vibración electrizante de sus naturalezas pareció devolverle al mundo, para trasladarle de inmediato a una dimensión de paradisíacas vivencias, por las que todo él estuvo vagando.

Mutuamente siguieron prodigándose las apasionadas caricias, permaneciendo abrazados estrechamente hasta que todo terminó. Luego se miraron en absoluto e intenso silencio, mientras la joven procuraba poner en orden sus ropas y cabellos, mientras él musitó:

—Perdona, cariño... ¡He debido evitarlo!

Con las dulces pupilas acariciando a las del hombre, la muchacha rechazó medio risueña v sin sentirse culpable:

—¿Por qué, Alan?

—Siempre te he respetado mucho y...

—Lo seguirás haciendo, amor mío. He sido yo la que, al saber tu marcha, no he podido resistir y...

Volviendo a abrazarla, pero ahora besando los dorados cabellos, Alan Prisley lamentó:

—Nos separan, Susan... ¡Ese maldito viejo...!

Acurrucada contra el ancho tórax masculino, la mujer apoyó su mejilla allí y recordando a su vez musitó:

—El señor Koza no es tan viejo, cariño... Al menos para ciertas cosas...

—¿Por qué dices eso? ¿Te ha molestado alguna vez a ti?

—Bueno... Siempre me mira con ojitos tiernos.

Y tras furtivos besos en el cuello del hombre, Susan Trajan añadió:

—¿No te has preguntado nunca por qué le eres antipático?

—¡Maldito sea! ¡Le aplastaría su cara de conejo! Yo creí que no le gustaban mis teorías, pero ahora...

—No tengas miedo. Desde sus primeras insinuaciones he sabido frenarle.

—¡Sí! Pero ahora te quedas aquí con él, mientras que a mí me envía al *Saturno XII*.

—Nos seguiremos viendo, mi amor. Cada diez semanas tenemos diez días de descanso. O bien tú podrás venir aquí, o yo ir allí.

—Sí, pero ya sabes cómo anda eso del transporte. Generalmente, nos dicen que no hay astronaves para el personal y…

—Yo tengo un buen amigo en los hangares. Es el novio de Sirga y siempre me guardará una plaza.

—Pero el permiso te lo tendrá que conceder ese dictador y…

—Tendrá que hacerlo. Los Reglamentos Laborales lo exigen.

—¡Menudo es! A mí me dijo que él es la ley aquí.

Mimosa, nuevamente colgándose del cuello del hombre amado, la muchacha pidió:

—Por favor, Alan… ¡No nos amarguemos los últimos momentos!

—Tienes razón, Susan. Recurriré al Gobierno Planetario. ¡Ni Grazy Koza ni nadie podrá impedir que siga investigando!

—¿Tan importante es eso para ti, cariño?

—¡Mucho, nenita!

Con gracioso mohín de mujer que se sabe amada, Susan Trajan quiso saber:

—¿Es más importante que yo…?

Hundiendo los dedos en los cabellos rubios para sujetar la cabeza femenina y así obligarla a mirarle, Alan Prisley buscó las dulces pupilas azules con las suyas y con media sonrisa divertida argumentó:

—Es distinto, amor mío… ¡Una cosa no excluye a la otra!

—¡Eso me alegra!

—Precisamente anhelo a ser alguien por ti, Susan.

—¡Pero si ya lo eres, amor! Un joven y brillante ingeniero, astrofísico y no sé cuántas cosas más… Y encima… ¡Eres arrebatadoramente masculino y guapo!

—Por favor, pequeña —rió con ganas él.

—¡Es cierto! La mayoría de las mujeres que estamos aquí estamos enamoradas de ti.

—No digas eso… ¡Tú sí que tienes a un viejo y antipático «Romeo»!

—¡Bah! —rechazó ella—. No me preocupa para nada ese ogro del «gran» Grazy Koza… ¿No sabes que su primera esposa se suicidó, y la segunda pidió el divorcio?

—Hicieron bien. ¡Es un tipo asqueroso!

—Tú le pagas con la misma moneda: pero sabes que es un gran científico.

—Y un dictador también. ¡Le asusta todo lo que no es evidente!

—Eso a cualquiera, Alan. No todos tienen un cerebro tan claro y soñador como el tuyo.

—No son sueños, Susan. Son…, ¡son evidencias!

—Por favor, cariño. A mí no tienes que convencerme. Nunca te he negado que puedan existir otros sistemas solares, habitados por seres inteligentes.

—¡Es que existen, Susan! ¡Siempre han existido!

—Tanto como eso…

—En la Tierra misma han dejado mil rastros de su existencia.

—Algo he leído sobre eso. ¡Pero son mitos o leyendas!

—¿Mitos? ¿Leyendas? —repitió con calor Alan Prisley, ya dispuesto a dejarse llevar por lo que tanto le interesaba—. Pues ya es hora de que alguien dé lógicas explicaciones a todas esas creencias, antiguas como la vida misma en la Tierra.

—No sé, Alan. Me cuesta trabajo aceptar que seres inteligentes de otros mundos hayan visitado el nuestro.

—Pues cambiemos las cosas y escucha bien, cariño.

Alan Prisley sirvió unos refrescos, se sentó junto a la mujer y muy dispuesto empezó a imaginar:

—Estamos en una época en la que nuestras naves espaciales llegarán a los planetas exteriores de nuestro Sistema Solar, una vez conquistemos Saturno, Urano, Neptuno y hasta el mismo y lejano Plutón.

—Eso es fácil de admitir, cariño.

Pues bien, cuando lleguemos a nuevos planetas exteriores, con toda seguridad construiremos bases en ellos para luego, mediante cohetes fotónicos, seguir la aventura por los espacios estelares.

»Puede que nuestros astronautas descubran vida primitiva en algún planeta desconocido, alumbrado y calentado por algún sol blanco o amarillo. Si en ese planeta existieran primates, los astronautas escogerían a los más inteligentes y centrarían su

atención en ellos. Las primeras lecciones que los hombres de la Tierra les darían sería el uso de las herramientas, a encender el fuego, curar heridas, cultivar las tierras, cazar, contar...

—Sigue... ¡Resulta divertido imaginar todo eso!

—Más naves espaciales llegarían y los nuevos viajeros les impartirían otras enseñanzas más avanzadas, tales como el reconocimiento del cielo, los astros, las estrellas, o les enseñarían a convertir las ideas en sonidos y signos.

—¿Quieres decir que les enseñarían a leer?

—Durante una de esas misiones —siguió el joven, tras afirmar mudamente con la cabeza— a algún astronauta quizá se le ordenara emparejarse con una fea y peluda mujer-animal, a fin de que la evolución de aquella raza primitiva se acelerase por métodos artificiales, y con ello, mejorar la especie.

—Si tú eras el «marido» —rió ella—, ¡seguro que sí!

—Déjate de bromas y escucha bien, Susan.

—Con toda atención, mi amor.

—Bien. Es fácil comprender que estos semihombres venerarían a los astronautas como si fueran dioses, reacción muy natural en tales circunstancias. Luego, después de completar su misión, los exploradores terrícolas retornarían a su planeta, dejando que esa familia planetaria labrara su propio destino en el jardín de la evolución.

—Eso último que has dicho es muy bonito, Alan. ¡Muy poético!

—Durante décadas, siglos y' milenios, los habitantes del planeta lejano repetirían historias sobre visitas hechas por unos mensajeros del espacio, superiores y procedentes de las estrellas, que les habían legado los dones de la cultura.

—¿Te refieres a que eso lo convertirían en mitos y leyendas?

—Por supuesto. Y como este programa se habría llevado a cabo por todo el planeta, leyendas y mitos parecidos circularían por diferentes partes de aquel mundo. Todas estas tradiciones orales serían luego puestas por escrito, y con ello se convertirían en una parte de la herencia cultural. Con el transcurso de los siglos, los hombres sabios de esa civilización razonablemente avanzada, comenzarían a expresar su escepticismo hacia todos aquellos mitos y «sagradas escrituras» de que hablaban de mensajes enviados por los «dioses» procedentes del cielo, de las estrellas.

—¿Estás haciendo comparaciones con lo ocurrido en la Tierra?

Alan Prisley no contestó a la pregunta, pero continuó:

—Los distinguidos descendientes de aquellos hábiles monos sostendrían entonces que ellos, naturalmente, podían volar por el cielo y llevar a cabo la mitad de las hazañas atribuidas a los «dioses» o «ángeles»; pero que aquellas antiguas leyendas, en sí, no eran más que mitos, vuelos de la torpe fantasía.

—Siempre hay contestatarios, ¿no?

—Pues bien, Susan. Hay muchas pruebas para sugerir que todo esto tuvo lugar realmente en nuestra Tierra, en una Era prehistórica, por supuesto.

—¿Es que hay que considerar el mito realmente como un fósil de la Historia, Alan?

—Sólo en cierta medida, nenita. La tradición verbal, con el paso del tiempo, se vuelve cada vez más fantástica, digamos que enreda la verdad de los hechos acontecidos, desfigurándolos. Los antiguos griegos solían decir que el mito es una verdad dicha en metáfora, y pese a que Grecia fue la autora de una voluminosa mitología, siempre demostró ser uno de los pueblos más racionales, más «filosóficos», ¿no?

—Eso es verdad.

—«El mito es la Historia disfrazada», dijo al respecto Eufemero, en el siglo IV antes de nuestra Era. Y el mismo Aristóteles escribió: «Nuestros antecesores de las épocas más remotas han dejado para la posteridad la tradición en forma de mito.»

—Qué buena memoria tienes para las citas, cariño.

—Ningún erudito europeo del siglo XIX creyó que jamás había existido una ciudad llamada Troya, como se describía en las leyendas griegas, y en las mismas poesías de Homero. Pero cuando el arqueólogo Schliemann descubrió las ruinas de varias Troyas, una construida sobre otra, los historiadores se vieron forzados a admitir su error. A la luz de este ejemplo, resulta bastante obvio que detrás de cada mito hay, a menudo, un hecho histórico real. La Historia, la mitología y los escritos sagrados de muchos pueblos contienen gran riqueza de material que describe la venida de los «dioses» a la Tierra y su vida entre los hombres.

—¡Es cierto! No sólo en Europa, en las civilizaciones mediterráneas, sino también en Asia, África, Oceanía y hasta en

América, los pueblos prehistóricos tienen parecidas leyendas. Y su arranque siempre son los «dioses» extraterrestres.

—Por poner un ejemplo de lo que dices, los mismos dogones de Malí, en África, adoraron a una pirámide cuyos peldaños conducían a una plataforma cuadrada que había en la cúspide, donde, según sus leyendas, los «dioses» del cielo se posaban siempre que venían a visitarles. Uno de esos seres les enseñó a dividir y cultivar sus tierras. Durante miles de años los sacerdotes dogon hablaron de una época en que los «dioses» venían regularmente a «jugar en la Tierra». Su vieja tradición habla del «hermano oscuro» de la estrella de

Sino. Esto resulta muy, pero que muy extraordinario, querida Susan, ya que Sirio tiene una estrella binaria que, sin embargo, sólo hoy es visible y con los telescopios más potentes. También constituye un misterio por qué en algunas cavernas de la cuenca mediterránea figuran esculpidas las Pléyades con un total de DIEZ ESTRELLAS, mientras que sólo seis o siete de ellas son visibles en una noche clara, con excelente visión. Sin embargo es preciso valerse de un moderno telescopio para ver DIEZ o más estrellas en dicha constelación.

—Sí… Hay cosas que nunca se explicaron.

—Los astrónomos sacerdotes de la antigua Babilonia contaban con pirámides escalonadas cuyos pináculos estaban reservados para los seres celestiales que habían tiempo atrás descendido a la Tierra. Las pirámides de Chichén Itzá y Tikal, en América Central, son muy parecidas a las que levantaron los egipcios, y aún los dogones y las de Babilonia. También en América Central tenían el mismo propósito: proporcionar lugares apropiados para que pudieran posarse los visitantes celestiales.

—¿Tú ves conexiones en todo eso?

—¡Sin lugar a dudas, querida Susan! Considerando los miles de años que el Viejo Mundo estuvo aislado de las Américas, resulta muy curioso que unas estructuras y leyendas tan idénticas hubieran surgido independientemente, ¿no?

—Me parece que sí…

—Los nubas del Sudán fueron transmitiéndose un mito según el cual, en los comienzos de la existencia, estaba el cielo tan cerca que el hombre podía tocarlo. Hablaban de una cuerda suspendida del

cielo por la que ciertas «personas» podían ascender a él y descender a la Tierra. Y según nos cuenta Geoffrey Paninder, los shilluk del Sudán creían que, «en tiempos antiguos, los hombres eran capaces de subir a la Luna» pero que luego se volvieron más pesados y ya no pudieron seguir naciéndolo.

—¿No serían sólo fantasías?

—¿Sí? ¿Pues qué me dices de los sacerdotes del antiguo Egipto, que aludían «a la primera vez» que los dioses bajaron al Nilo, durante lo que ellos llamaron «la Edad de Oro»? Los egipcios erigieron obeliscos dedicados a Ra, el dios del Sol, de cúspides doradas, quizá revestidas de chapas de oro. ¿Estaban tales obeliscos inspirados en las naves cohetes en los cuales seres de otros planetas, llegaban del cielo, de las estrellas?

—¿Todo eso es lo que están recopilando en tu tesis, Alan?

—Y otras muchas cosas más, nenita. Por ejemplo, «El libro de los Muertos», o biblia egipcia, si lo prefieres así, de cerca de 5.000 años de antigüedad, contiene palabras muy extrañas. Hay un pasaje que habla de «aquellos que con su sabiduría llegan a la bóveda del Cielo». Otro capítulo menciona incluso a «los que viven entre las estrellas». Tot fue el gran portador de cultura a Egipto, y dio a las gentes del Nilo los primeros conocimientos en Ciencia, Matemáticas, Literatura, Historia, Medicina, Arquitectura y Astronomía. Después de completar su misión, regresó a los cielos estrellados...

—Al otro lado del Atlántico, también el culto al Sol era tan corriente como en Egipto.

—¡Tú lo has dicho! Y según escribió Garcilaso de la Vega, el dios Sol envió a uno de sus hijos y a una de sus hijas —Manco Capac y Mamá Ocllo— para que transformaran a los hombres animales en seres racionales. Estos mensajeros celestiales enseñaron a la primitiva Humanidad a construir ciudades, a criar plantas alimenticias y a «vivir como seres con razón y urbanidad». La ciudad de Cuzco, con la obra de piedra aún más monumental del mundo, sigue siendo un testigo mudo del origen de esta «leyenda». Deberíamos .sentir agradecimiento hacia los preincas y los incas por haber sido los primeros en cultivar los vegetales que aún comemos hoy en día de esa parte de la Tierra.

—Ahora recuerdo que yo leí que el Dios Quetzalcóatl, la

Serpiente Emplumada, desembarcó de un navío alado y trajo sobre México los bienes de la civilización.

—Así fue, Susan. En el Palacio Nacional de Ciudad de México pueden verse todavía murales que describen el vuelo de Quetzalcóatl en un vehículo parecido a una serpiente. ¡México no ha olvidado su deuda con ese «dios» antiguo!

—También en la India hubo muchas de tales leyendas.

—Sí, cariño. El recuerdo de que una Era de guardianes celestes se halla profundamente arraigado en la conciencia de la India. Incluso hoy en día, muchos hindúes habían de otra Era Espacial, semi olvidada. en que los dioses venían inesperadamente de las estrellas. Ahí radica el sagrado deber que tienen todos los hindúes de tratar a sus huéspedes como si fueran mensajeros celestiales.

Alan Prisley terminó de beber el refresco y aún añadió:

—La Biblia dice que los ángeles existieron antes que el hombre. Son llamados «seres superiores» o habitan-íes del cielo. Si los ángeles fueron habitantes de otros mundos distintos al nuestro, la declaración bíblica podría se entonces perfectamente correcta. En el Antiguo Testamento se dice que los «gigantes» hijos de dioses se aparearon con las «hijas de los hombres» y produjeron hombres poderosos.

—Pero, si realmente fue así, ¿por qué esos extraños visitantes del Cosmos dejaron de llegar a la Tierra?

—Con respecto a esa gran incógnita, también existen muchos datos antiguos que se entremezclan, pero más o menos diciendo lo mismo libros sagrados de la india, China, Egipto, Grecia y aun América. Te citaré alguno de esos escritos: «La Sabiduría quiso encontrar su morada entre los hijos de los hombres, pero no la halló. La Sabiduría subió a su sitio y tomó asiento entre las estrellas.» O bien: «Hemos dado hospitalidad a los dioses, ¡pero les hemos disgustado!» Y también: «El Benefactor celestial, enojado por la bondad de los hombres, retornó a los cielos.»

La muchacha quedó algo pensativa, antes de manifestar:

—O sea..., ¡que no nos pudieron educar bien!

—No sé... Pero el hecho sigue el mismo esquema general, característico de todas las viejas leyendas en las que la maldad y las malévolas formas humanas de los humanos obligan a los dioses a abandonar su misión. El *Tongshaktchi Sangye Songa* de los budistas

septentrionales recoge estas palabras: «Los reyes de la luz partieron llenos de ira. Llegaron a ser tan negros los pecados de los hombres, que la Tierra se estremece aún en su lenta agonía.»

—¡Qué fúnebre! —sonrió la muchacha.

—Podrían añadirse miles y miles de antiguos mitos y leyendas de todas las viejas civilizaciones que han existido, aquí y allá, en los más apartados y remotos rincones de la Tierra. Pruebas que ilustran una posible visita hecha a la Tierra por astronautas de un avanzado sistema estelar, en misión exploratoria i ayuda científica. Admito que ninguna de tales leyendas constituye una verdadera prueba concluyente en sí. Pero, como ya han observado otros muchos eruditos, parecería peculiar que tradiciones idénticas, muy parecidas entre sí, existieran en tierras separadas por océanos, continentes y otras vastas distancias, así como épocas y costumbres, sin que detrás de ellas hubiera un ápice de verdad.

—Sí, Alan. Bien pensado... ¡Hace meditar mucho!

—Para terminar te diré que si todo lo que ha dicho es mera ficción, tendríamos que descartar entonces todas las escrituras, historias, folklores, mitos, costumbres y leyendas que tan cuidadosamente se han ido acumulando durante siglos y siglos y a través de civilizaciones, que fueron legados por tantos pueblos durante miles y miles de años.

Cuando el hombre dio por terminada la charla, al ofrecerle ambas manos a la mujer, Susan se las tomó, depositó un beso en cada una de ellas y con los ojos brillantes musitó:

—Lo que no es leyenda ni mito, sino una palpable realidad..., ¡es mi gran amor por ti, Alan! —¡Es que tú eres un dios para mí, mi amor! Y nuevamente se besaron con ansia...

CAPÍTULO V

La astronave partió veloz en busca de la órbita del *Saturno XII*, hundiéndose en la negrura sin fondo y en el frió cósmico, a más de 1.600 millones de kilómetros del Sol.

Piloto y copiloto manipularon en el tablero de mandos, a fin de programar el vuelo y que el automatismo de vehículo espacial realizase el resto.

A fin de cuentas, se trataba de un vuelo rutinario hacia el otro satélite artificial.

Pero fue entonces cuando, al mirar fugazmente a la pantalla del radar, Guy Humel preguntó a su ayudante:

—¿Qué es eso, Frederick?

—No sé, capitán. ¡Pero se nos está acercando! —Y a gran velocidad, chico.

—Puede ser un meteorito, capitán. A veces, por esta zona hay lluvia de ellos.

—Bien, Frederick. No pondremos el automático y estaremos vigilando aquí.

—¡A la orden, señor!

Nuevamente acoplándose en su asiento, el capitán Guy Humel corrigió al mirar a su joven copiloto:

—Te he dicho mil veces que no seas tan estricto, Fred. Llevamos tres años manejando juntos este «chisme» y creo que somos amigos, ¿no?

—Sí, mi capitán.

—Pues nada de «señor» ni capitán, muchacho. Guy… ¡Guy a secas y eso basta!

—Como usted diga, Guy.

—¡Y olvida también el «usted»! ¿Estamos?

—Estamos..., Guy.

—¡Eso está mejor, Fred!

Los dos astronautas sonrieron, pero el punto de alarma que había aparecido en la pantalla del radar seguía allí por las coordenadas que marcaba cada vez acercándose a ellos a más velocidad.

—Eso no es ningún meteorito, Fred. ¡No aceleran o frenan a capricho de esa manera!

—¿Desviamos el rumbo, señor...? Perdón..., quise decir Guy.

—Es lo más prudente.

La veloz nave dio un brusco tumbo hacia la izquierda, pero pronto pudieron comprobar que el objeto extraño también variaba de dirección. Un nuevo giro hacia la derecha, con el mismo resultado.

Guy Humel era lo bastante experimentado como para no pulsar el mando de alarma. Desde aquel instante, tanto toda la dotación del vehículo espacial, como los pasajeros que transportaban debían estar en estado de alerta.

—¡Me lo temía! —mascullló el experto piloto.

—¡Nos sigue, Guy!

—¡Y tanto, Fred! Como que «eso» está pilotado por alguien... ¡Y me temo que con malas intenciones!

—¡Pero eso es imposible, capitán! ¿Quién puede intentar atacarnos aquí, tan alejados de la Tierra?

—No lo sé, muchacho. Pero de que viene derechito hacia nosotros... ¡no hay duda!

—¿Lanzamos el sonar? Por el eco sabremos si «eso» es metálico o no.

—No te molestes en averiguarlo. Es mejor que abras las escotillas.

—¿Piensas utilizar el láser?

—Si nos obliga..., ¿por qué no?

De pronto, en la negrura del espacio pareció estallar un haz de luz potentísimo. Tres décimas de segundo después, la astronave tripulada por el capitán Guy Humel pareció sufrir una fuerte sacudida que conmovió toda su poderosa estructura metálica.

El joven Frederick Leyton no volvió a dudar y, a su vez, presionó el mando de la poderosa arma.

Pero tampoco acertó.

Su láser pasó rozando al misterioso atacante que seguía en la pantalla del radar, aunque aquella vez distanciándose hacia la derecha en busca de una posición más óptima para conseguir su siniestro objetivo.

Aferrado a los mandos, la experiencia del capitán Guy Humel le hizo predecir entre dientes:

—¡Condenado sea! Esa nave es más veloz que la nuestra. Me parece que estamos listos, Fred. ¡Nos desintegrará!

También con los nervios tensos, tras presionar velozmente el mecanismo electrónico que le diera la dirección y la distancia exacta, el copiloto estalló:

—Pero ¿quién puede ser? ¿Quién...?

—Olvídate de averiguarlo. Nos ataca y... ¡O él o nosotros, chico!

Centelleantes, las dos astronaves siguieron «jugueteando» con la muerte en el espacio. A una maniobra seguía otra, conscientes ambos rivales de que al menor fallo les llegaría el fin.

Un fin total.

Definitivo.

Ante tal disyuntiva, el capitán Guy Humel tomó una decisión suprema. Prefería agotar por completo sus baterías, antes que irse al infierno con los depósitos de láser llenos. Por eso maniobró una vez más con su nave de forma ovoide, convirtiéndola en un constante surtidor de luz que generaba fuego al ordenar:

—¡No dejes de presionar el láser... y con todo hacia él!

De momento, la muralla de fuego que interponían ante su atacante impidió que éste osara acercárseles más.

Hábilmente, Guy Humel describió una nueva parábola para atacar desde lo alto. Colocando el ingenio espacial hacia abajo, se lanzó decidido a terminar la pelea.

La misteriosa nave viró rápidamente para, a su vez, contraatacar.

Parecía como si los dos luchadores, convencidos de que era necesario jugárselo todo, decidieran poner punto final.

El más arrojado sería el vencedor.

Al fin, el fuego envolvió a la nave atacante.

Fue una explosión terrible.

Antes de que la bola incandescente se desintegrase en mil

pedazos, su tripulante y toda su dotación habían desaparecido, convertidos en cenizas que el viento cósmico haría desaparecer.

La lucha había terminado.

El capitán Humel y su ayudante se relajaron, cerrando los ojos para que la gigantesca explosión no quemase sus pupilas. Y fue el piloto el que recomendó:

—Deja de presionar el botón del láser o se fundirán las baterías.

—Tienes razón, Guy... ¡Perdona!

Y al instante, ya reaccionando más animado, el joven añadió, frotándose las manos:

—Bien... ¡Pero seguimos sin saber quién diablos nos atacó!

—Sólo hay una explicación, chico. —Tú dirás, Guy...

—¿No lo adivinas?

—¿Cómo diablos puedo adivinarlo?

—Una de nuestras naves, Fred...

—¿Estás loco? ¿Por qué iban a hacer una cosa así? ¿Quién puede haber ordenado en el *Saturno XI* que nos destruyan? Sólo transportamos carga general, suministros, algunos instrumentos y...

—¡Sigue!

—Bueno... También doce pasajeros que...

La interrupción del joven Frederick Leyton le animó a apuntar a su jefe:

—Yo no los llamaría así, Fred.

—En la lista de embarque constan como personal trasladado al *Saturno XII*.

—Di más bien «deportados». O «indeseables», según el «gran» jefe...

—¿Có...cómo? ¿Crees..., piensas acaso que... que el señor Grazy Koza tiene que ver algo con esto?

—Busca otra explicación, ¡si puedes!

—¡Pero es absurdo, Guy! Totalmente descabellado pensar que el jefe...

—El «gran» Grazy Koza no admite oposiciones, muchacho. ¡Deberías saberlo!

—Eso lo sé, pero de ahí a hacer una cosa, así...

—Piensa, Fred... ¡Piensa, muchacho!

—¿Qué debo pensar?

—Al menos recordar algunos datos, que ante este hecho

inexplicable ahora me vienen a la memoria. —¿Por ejemplo, Guy?

—¿Cuántas astronaves se han perdido, en viaje desde el *Saturno XI* al *Saturno XII*?

—No sé... En los tres años que llevamos aquí..., calculo que unas... ¿Seis, Guy?

—¡Siete! Exactamente siete, Fred.

—Ya sabes. Siempre ocurren accidentes.

—Y el nuestro se habría contabilizado como uno más... ¡De no haber tenido suerte!

—¡Pero eso que indicas es monstruoso, Guy! Bien que el «gran» Grazy Koza se quite de en medio a todo el que no le es simpático o no le cae bien, ordenando que sea trasladado al *Saturno XII*. Todos le conocemos y sabemos que no admite oposiciones. Pero lo que piensas... ¡Eso serían asesinatos!

—Incluyéndonos a nosotros, Fred.

—¡Ahí está! ¿Con qué motivo? Ni tú ni yo jamás hemos tenido el menor roce con el «gran» Grazy y eso...

—Eso no debe contar para él, cuando lo que intenta es eliminar a otros.

—La verdad, Guy. ¡No acabo de comprender! —Ahora sí que puedes colocar el automático. —¿Con qué rumbo?

Tras breve vacilación, el jefe de la astronave comentó:

—Desde luego, rumbo hacia *Saturno XII* no. ¡Volveremos para intentar aclarar todo esto!

—Pero... si es cierto lo que sospechas, en el *Saturno XI* nos recibirán con fuegos artificiales. ¿No te parece?

—Tienes razón, Fred... Mejor será pensarlo antes. Coloca el automático en círculos.

—¿Para qué tiempo lo programo?

—Unas tres horas. Tenemos que hablar con el resto de la dotación y esos «pasajeros».

—¿Por qué les llamaste antes «deportados»?

—¡Ya sabes! Nadie va a gusto destinado al *Saturno XII*. ¡Allí también ocurren cosas bastante raras!

La puerta de la cabina se abrió al acercarse los dos tripulantes, accionada por las células fotoeléctricas del mando móvil que el capitán Guy Humel presionó en su mano.

Y los dos avanzaron hacia otras dependencias de la astronave.

CAPITULO VI

Tras mover varias veces la cabeza, Alan Prisley terminó por decir:

—La verdad... Por mucho que me odie... ¡No le creí capaz de una salvajada así!

De entre el resto de los once pasajeros, un especialista en reactores nucleares apuntó a su vez:

—¿No creen que es prematuro acusar al «gran» Grazy Koza, señores?

La sangre caliente del capitán Guy Humel explotó nuevamente al objetar:

—¿Quién sino él ha podido dar esas órdenes?

—Aunque con menos mando, hay otros jefes en *Saturno XI*.

—Pero no para disponer que nos siguiera oirá nave... ¡Y con orden de destruirnos!

—Cálmese, capitán —intervino Alan Prisley—, Como usted, todos nosotros hemos podido morir.

—¡Por supuesto, Alan! Y aún no sé cómo pude vencerles. Su nave era más rápida y poderosa que ésta.

—¿Quizá una *Python*?

—Es posible, Alan. Al menos, poseía esa movilidad.

—Bien; hay que decidir lo que debemos hacer.

—Propongo no regresar a *Saturno XI* —apuntó el copiloto Frederick Leyton.

—Yo también creo que será mejor seguir el viaje —apoyó uno de los destinados a la otra plataforma artificial.

—¿Y sabe usted cómo nos recibirán en *Saturno XII*?

—No, capitán. Pero sí sé que otros fueron destinados allí, y aunque las tareas y el trabajo son más duros..., ¡siguen viviendo!

—Nadie puede afirmar que si regresamos a *Saturno XI* nos matarán —opinó un mecánico de la tripulación.

—Desde luego que no lo podemos afirmar —se le enarcó su jefe —. Pero para muestra un botón, ¿no, Rom?

Aunque tímidamente, otro hombrecillo de la tripulación apuntó:

—Mi capitán... ¿No ha podido ser una nave... extraterrestre?

Siempre vehemente, Guy Humel le fulminó con los ojos al recomendar:

—Tú punto en bota, Lou. ¡Y no digas más tonterías!

—Bueno, yo..., aquí el ingeniero..., el señor Pres-ley..., siempre anda afirmando que hay otros seres inteligentes en el Universo, y yo..., yo pienso que si es así, han podido...

—Tú no piensas, Lou —volvió a gruñir Guy Humel.

Esparciendo la vista por todos los presentes, Alan Prisley propuso:

—Creo que lo más justo sería ponerlo a votación.

—¡Narices! Yo mando en esta nave y ordeno que...

—Capitán Humel...

—Dígame, Alan.

—¿Está usted intentando parecerse a Grazy Koza?

—Yo no soy ningún dictador, pero insisto en volver al *Saturno XI.*

—Personalmente, a mí también me gustaría, al menos para pedirle una explicación.

Hizo una pausa, recordó a su amada Susan Trajan

y añadió:

—¡Y para aplastarle las nances! —Entonces. Alan...

—Capitán Humel, debemos respetar la opinión de los demás, ¿no le parece? Aquí hay hombres que opinan que es mejor seguir el viaje.

—Así es —aprobaron varios.

—Al llegar al *Saturno XII* contaremos lo que ha pasado y desde allí comunicaremos con la Tierra. El Gobierno Planetario supongo que abrirá una investigación y...

—De acuerdo, Alan —admitió al fin el tozudo capitán Guy Humel—. ¡Así se aclarará el misterio de las otras naves que nos dijeron sufrieron mortales accidentes!

Seguidamente, Guy Humel esparció la vista por todos los

reunidos y pidió:
—Que alcen la mano los que quieran regresar.
Él lo hizo y, tras contar las manos alzadas nuevamente aceptó:
—¡Está bien! Seguiremos hasta el *Saturno XII.*
No quiso perder más tiempo y tras mirar a su joven ayudante, al instante ordenó:
—Vamos, Fred. ¡Reanudemos el viaje!

* * *

Antes de situarse en órbita para después buscar la posición de aterrizaje, les llegó la voz desde el segundo satélite artificial:
—Aquí *Saturno XII*... *Saturno XII* pidiendo identificación.
Guy Humel manejó los mandos para a su vez retransmitir:
—Aquí capitán Humel... Comandante de la astronave *Z-15-28.*
Sorprendentemente, les llegó la contestación de *Saturno XII*:
—Lo siento, comandante Humel.,. ¡No está programado su viaje!
—¿Có..., cómo dice?
—Ya lo ha oído, comandante Humel.
—¡Pero es absurdo! Nosotros salimos de *Saturno XI en* vuelo regular para...
—No discuta, capitán Humel... Su *Z-15-28* debe quedar en órbita y esperar.
Y al instante, otra orden que debía cumplir:
—Esperen en órbita. Les enviaremos la nave de reconocimiento.
Las comunicaciones quedaron cortadas y Guy Humel giró la cabeza para buscar las pupilas de su joven copiloto. En los ojos de Frederick Leyton también había asombro y perplejidad, decidiendo el comandante de la astronave:
—Nada de situarnos en órbita. ¡Todo esto es muy extraño!
—¿Entonces...?
—Busca a Alan Prisley. Quiero discutir todo esto con este ingeniero.
—Bien, Guy.
Momentos después, ante la presencia de Alan Prisley, el joven ingeniero desaprobó:
—Hace mal, capitán. ¡Debió obedecer esa orden!
—¡Y un rábano! ¿Y si se acerca la nave de reconocimiento y nos pulveriza?
—¿Teme eso, capitán?

—Lo deduzco, Alan. Ahí abajo nos deberían estar esperando.

—Y nos han dicho que el viaje de nuestra astronave… ¡no está programado! —remachó el copiloto.

—Es posible que desde el *Saturno XI* nada les hayan comunicado.

—¿Y por qué no?

—No puedo contestarle a eso, capitán. —¡Pues yo sí, Alan! ¡Quieren terminar con nosotros!

—No encuentro la razón, capitán. Vuelvo a decir que por mucho que me odie el «gran» Grazy Koza… para intentar hacer una cosa así tendría que haber otros motivos que…

—Quizá los haya, Alan.

—No sé…

—Pues yo sí sé lo que voy a hacer. ¡Y esta vez no lo someteremos a votación! —¿Cuál es su plan, capitán?

—Fingir que nos situamos en órbita, pero sin parar los reactores… Dejaremos que ese vehículo de reconocimiento se vaya acercando; pero al menor movimiento extraño… ¡le ordenaré a Fred que abra fuego con el láser!

—Eso es de mucha responsabilidad, capitán.

—¡No quiero morir como un estúpido! Ni tampoco que terminen con todos ustedes, Alan.

—¿Y si realmente intentan acoplarse con nosotros para el reconocimiento?

—Vigilaré sus maniobras. Si lanzan el módulo de acoplamiento… ¡Aun así continuaremos alerta!

—Bien, capitán. ¿Puedo serle útil en algo?

—Sí, Alan… ¡Rece para que mis sospechas no se concreten!

—Lo haré.

—Y otra cosa… Diga al resto de mi tripulación que lancen toda la carga. —¿Toda, capitán?

—Eso he dicho. Vamos a necesitar mucha movilidad Cuanto menos pese este «chisme», mejor se moverá

Alan Prisley, aunque muy preocupado, salió de la cabina para cumplir aquellas construcciones.

A fin de cuentas, el capitán Guy Humel era el comandante de la *Z-15-28*.

Suya era toda la responsabilidad.

CAPITULO VII

Con su pericia habitual, el capitán Guy Humel masculló así que el radar captó la presencia del otro vehículo espacial:

—¡Malo, Fred! Esos tipos no buscan la órbita del *Saturno XII* para acoplarse a nosotros. —Yo creo que...

—Fíjate en las coordenadas. ¡Demasiado altas!

—¿Qué..., qué hago, Guy?

—Seguir esperando. ¡Pero atento, muchacho! Y así que te dé la orden...

No pudo terminar la frase. Un potente haz luminoso pareció iluminar toda la negrura del espacio, una décima de segundo antes de que el comandante de la *Z-15-28* bramase:

—¡FUEGO!

Con todas sus ansias, el joven Frederick Leyton a su vez presionó sobre los mandos del láser. El poderoso rayo de luz partió buscando el anhelado objetivo, que no fue alcanzado porque en aquel mismo instante Guy Humel forzó a la nave a una veloz maniobra.

Toda la poderosa estructura metálica del *Z-15-28* fue sacudida como una débil hoja de árbol, para al instante volver a deslizarse en la misma dirección a velocidad de vértigo.

En aquella segunda ocasión, la *Z-15-28* no había si do sorprendida y eso le daba una cierta ventaja. La lucha no se presentaba tan dura como la otra vez y con sus planes trazados, Guy Humel condujo su vehículo hacia el atacante.

Ahora también tenía otra ventaja: el vehículo espacial que les atacaba no era ningún poderoso *Python* como la otra vez. Con un par de hábiles maniobras se lo pondría a buen tiro al joven Fred y los rayos láser terminarían con él.

La explosión fue terrible y el capitán Humel vio inundada la

pantalla del radar de infinidad de puntitos, esparcidos por el espacio los trozos, al rojo vivo, del vehículo que había intentado —y con ladino engaño —terminar con ellos.

—¡Bravo, Fred! ¡Les dimos lo suyo!

El joven ayudante nada respondió. Antes tenía que relajar los nervios, tensos en aquella breve lucha, pero que habría podido resultar tan fatal para ellos, corno para sus enemigos.

Pero ¿qué enemigos?

¿Por qué todo aquello?

Eran preguntas que aún no se podían contestar. El mismo Alan Prisley se encontró preguntándose cuando volvió a la cabina de mandos:

—Acertó, capitán; pero..., ¿ahora hacia dónde?

Con su habitual sangre fría, el comandante de la astronave opinó:

—No nos queda más que un camino, Alan. ¡Regresar!

—Bien; pero... ahora soy yo quien sospecha que en el *Saturno XI* nos recibirán como aquí.

—Pienso lo mismo, pero no nos queda otro remedio.

—¡Bonita papeleta! —exclamó el joven Fred—. ¿No podemos eternizarnos en el espacio!

—Cierto, chico. Pronto tendremos que renovar las baterías de los reactores. Con el viaje de vuelta habremos dado un largo «paseíto».

—Capitán...

—Dígame, Alan.

—¿Tiene usted idea de cómo podremos alcanzar las rampas de aterrizaje en el *Saturno XI*?

—Sólo de una manera, amigo mío.

Alan Prisley casi adivinaba la respuesta de aquel hombre valiente y decidido, pero aún indagó:

—Díganos cómo, capitán.

—¡Por las bravas!

—¿Y cree que lo conseguiremos?

—Es otro riesgo que tendremos que correr.

—¿No sería más prudente avisar de nuestro regreso? —apuntó el copiloto.

—¿Para qué, Fred? El «gran» Grazy Koza nos prepararía todo un

«comité» de recepción... ¡Para dejarnos «fritos» antes de intentar llegar al *Saturno XI*!

—Cerca de la base, no se atreverá a hacerlo. ¿Es que no conoce ya bastante a este hombre?

—Sí; pero dar órdenes para que nos aniquilen conmovería a toda la base. Son muchos los que se preguntarán por qué, capitán.

—No seas ingenuo, Alan. ¡Él les daría cualquier excusa!

—Aún no está demostrado que todo esto sea obra del «gran» Grazy Koza —volvió a insistir el copiloto.

Se ganó una mirada furibunda de su enérgico jefe, que a su vez argumentó, mirando alternativamente a los dos hombres:

—Pero ¿es que necesitáis más pruebas? ¿Por qué diablos nos atacó aquella endemoniada *Python*? ¿Y por qué al acercarnos al *Saturno XII* también nos ha intentado fulminar? Claramente oíste que nos dijeron que nuestro viaje no estaba programado, Fred.

—Sí, lo oí, pero...

—Y si no nos esperaban, es porque Grazy Koza no les comunicó nuestro viaje. ¿No es así?

Ninguno de los dos respondió y Gul Humel aún manifestó:

—O sí lo hizo, pero con la orden de engañarnos... ¡Para terminar con nosotros!

—La incógnita del porqué sigue en pie —dijo con cierta desesperación Alan Prisley.

—Eso también lo resolveremos presentándonos ante Grazy Koza.

—¡Si llegamos al *Saturno XI*! —exclamó Frederick Leyton.

—Hay que intentarlo —insistió el capitán.

—Nos recibirán cien baterías de láser, Guy.

—Las sortearemos... ¡Si tenemos suerte!

—Bien, pero aun así... Una vez en las rampas.

—Mi querido Alan, usted tiene un claro cerebro. ¿No lo adivina?

—No nos quedará más remedio que luchar.

—¡Pues lo haremos!

—¿Disparando contra... compañeros nuestros?

—Si nos atacan a nosotros, ya no serán compañeros.

—Tiene usted respuesta para todo, capitán.

—Lo que tengo es una firme resolución, amigo mío. ¡No morir como un tonto!

Hizo una pausa para empezar a manipular sobre el tablero de

mandos, trazó una ruta en el piloto automático, y cuando verificó la velocidad y la distancia con la ayuda de la computadora electrónica, aún siguió:

—Quiero saber qué diablos se mueve bajo todo esto, Alan. Es una responsabilidad que, tanto yo como todos ustedes, debemos asumir. Por dos veces nos han intentado fulminar y no sabemos por qué ni por orden de quién. Pero me temo que una cosa sí es cierta...

—Siga, capitán.

—¡Debe ser «algo» muy..., pero que muy importante!

—Grazy Koza me odia... También está enamorado de Susan Trajan. Pero no creo que sólo por eso...

—No, Alan, no. Sólo por una cosa así, tan personal, tan privada, nadie se decide a comprometerse en tantos asesinatos. Y observe otra cosa, amigo mío: en el *Saturno XII* están secundando sus planes.

—Todo esto es como..., ¡como una gran confabulación! —opinó el copiloto.

—Me temo que sí, Fred. ¡Ahora acertaste, chico!

Hombre analítico, acostumbrado a someter al más puro análisis de su cerebro la resoluciones que tomaba, tras reflexionar profundamente, Alan Prisley también decidió al fin:

—Bien, capitán. ¡Estoy con usted! Llegaremos a esas rampas de aterrizaje como sea.

—¡Como viejos piratas al abordaje! —comentó Guy Humel.

—¡Eso si llegamos! —temió Fred, aunque con media sonrisa en los labios.

—Llegaremos, chico. ¡Y hasta será divertido!

Eso sí que no lo pensaba el reflexivo Alan Prisley. No sentiría ninguna «diversión» al tener que luchar, y a vida o muerte, con antiguos compañeros también destinados en el *Saturno XI*.

Pero como les había hecho ver el capitán Guy Humel, no les quedaba ninguna otra posibilidad, a no ser que eligieran otra clase de muerte.

Una muerte más lenta y agonizante; quedar flotando en la negrura sin fondo para siempre, hasta que el frío cósmico los desintegrase.

Y siendo así, era más digno morir luchando.

CAPITULO VIII

Para el «gran» Grazy Koza no fue ninguna novedad que su personal anunciase que, según todos los mecanismos de alerta, un «objeto» espacial no tardaría en llegar a la zona orbital de la gigantesca plataforma construida por el *Saturno XI*.

Ya habían recibido los mensajes del *Saturno XII* y sabía de lo que se trataba.

Por eso entró en comunicación con las plantas bajas del satélite artificial, donde estaban las instalaciones de las rampas de lanzamiento y aterrizaje, ordenándole directamente al jefe de la escuadrilla de defensa:

—Coronel Fraser... Se trata de la *Z-15-28*... ¡Ya sabe lo que tiene que hacer!

—Sí, señor.

A través del circuito de televisión instalado en los gigantescos hangares, el «gran» jefe vio los preparativos de las cinco astronaves *Python* deslizándose hacia las rampas. Medio minuto después partían como cohetes interplanetarios, propulsadas por los reactores nucleares capaces de imprimirlas velocidades de vértigo.

Grazy Koza varió de posición en su despacho de mando, para ahora observar la pantalla del radar donde cinco puntos luminosos parecían trepar en busca de otro más pequeño, pero que a su vez no dejaba de acercarse.

Grazy Koza sonrió y hasta se frotó las manos con gesto satisfecho.

Sin embargo, poco después su rostro enérgico se contrajo con una mueca de desencanto e irritación. Sus más directos colaboradores habían fallado, porque aquel puntito inicial, como si hubiese sido avisado de que sería atacado, velozmente había

realizado maniobras hábiles y astutas hasta situarse junto a una de las astronaves *Python.*

Así las otras cuatro no podrían dispararle, so pena de alcanzar con su láser la astronave de uno de sus compañeros.

El «gran» Grazy Koza apretó los dientes, pero entre sus labios empezó a aparecer una especie de baba lechosa.

—¡Maldito sea! —masculló.

De pronto, la gigantesca pantalla le dijo que la Z-*15-28* descendía como un rayo hacia las rampas del satélite artificial, donde nada, había de suceder sin que él lo ordenase. Con mano rápida nuevamente dejó abierto el circuito de televisión con los hangares, para avisar al rugir:

—¡Emergencia! ¡Todas las baterías de reserva!

Y al instante la nueva orden:

—¡Destruyan a todo aquel que se acerque!

—Señor… Hay cinco *Python* en el espacio y…

—¡No discuta! Esas astronaves saben que aún no deben aterrizar… ¡Me refiero a la *Z-15-28*! ¡DESTRUYANLA!

—¡A la orden, señor!

Pero fue demasiado tarde…

Antes que los servidores de las baterías dejaran listos sus mecanismos, como un meteoro procedente del espacio, la *Z-15-28* ya entraba con gran resoplido del aire que con su marcha iba frenándola, en una de las rampas de aterrizaje.

Y al instante, como «comandos» que desde una bota de goma se lanzan a la conquista de una playa, abiertas sus escotillas, veintidós hombres saltaron ya empuñando sus armas paralizantes, listas a dejar como estatuas a cuantos enemigos encontrasen.

La lucha empezó.

Sin dejar de correr y presionar el gatillo del arma, Alan Prisley alcanzó a ver cómo el joven copiloto Frederick Leyton quedaba paralizado, alcanzado por la emisión de ondas de una de las armas enemigas. Fue a correr hacia él, consciente de que podría salvarle la vida si le aplicaba prontamente el antídoto que haría que todas sus células constitutivas no siguieran el fatídico proceso de descomposición. Pero una mano férrea le tiró del brazo, al tiempo de recomendarle:

—¡Déjelo, Alan! ¿O quiere que también le alcancen a usted?

—Pero es que Fred…

—¡Corramos hacia allí! ¡Ese tipo nos dispara tras aquel pilar!

Fue el instinto lo que le hizo obedecer, llegando a protegerse tras unas gruesas chapas de acero, que les permitieron descansar.

El capitán Guy Humel sudaba por cada poro de su piel, jadeando al anunciar:

—Si llegamos a los hangares, estamos salvados. Alan. Tengo buenos amigos allí.

—El «gran» Grazy Koza ha debido movilizar a todo el personal contra nosotros.

—Estos que te digo me conocen bien. ¡No lucharán contra nosotros!

Alan Prisley se dio cuenta de que, por primera vez desde que se conocían, aquel hombre valiente y audaz le tuteaba. Ni le molestó ni se extrañó, dado que estaban viviendo quizá sus últimos momentos los dos. Los silbidos de las armas paralizantes no cesaban porque la lucha era a muerte.

Como si ambos bandos se odiaran.

Eso sí le extrañó y le hizo pensar a Alan Prisley. Los hombres destinados en las rampas de lanzamiento y aterrizaje les conocían bien, tanto el capitán Guy Humel como a él. En los años que llevaba en el *Saturno XI* había bajado muchas veces hasta tales plataformas, por el gusto de dar un gran paseo y poder contemplar, utilizando el equipo necesario, brillar a las lejanas estrellas a través sólo del casco acoplado a los depósitos de oxígeno, en vez de dentro de la estructura del satélite artificial.

Pasear por allí, a cielo raso y a más de un millón de kilómetros de la Tierra, tenía para el soñador ingeniero un encanto especial.

Sólo que en aquella ocasión no paseaba: tenía que salir a vida o muerte.

Como el resto de sus veintidós compañeros, que se esforzaban en un movimiento de envoltura para, vencida la resistencia inicial, alcanzar los hangares interiores, donde podrían ya prescindir de los equipos que hacían más lentos y pesarosos los movimientos.

Cinco compañeros más de la *Z-15-28* quedaron paralizados, algunos en grotescas posturas al ser alcanzados por las ondas de los rayos en el instante de lanzarse a la carrera. Uno de ellos no tendría salvación, aunque se le llegase a aplicar más tarde el antídoto que

detuviese la descomposición de sus células constitutivas. Al tropezar con una barrera de acero que sustentaba la estructura metálica, había perdido el casco y la asfixia habría llegado al respirar aquel ambiente que rodeaba y envolvía a uno de los satélites artificiales del planeta Saturno.

El ser humano era muy poca cosa, si con ingenio y trabajo no tomaba las debidas precauciones para respirar en los caprichos del Universo…

* * *

Libres ya de los cascos y los equipos especiales, en los interiores de los hangares del *Saturno XI*, el fatigado capitán Guy Humel pasó recuento a sus bajas.

—Doce, por veinte de ellos. ¡No está mal!

—Algunos se podrán salvar, si les inyectamos los antídotos, capitán.

—Cierto, Alan; pero ni usted ni yo podemos entretenernos en eso.

Volvía a llamarle de usted. Eso era que ya se sentían más seguros. Con más esperanzas de seguir viviendo, puesto que por tercera vez en muy poco tiempo habían burlado a la muerte.

Pero Alan Prisley se sentía cada vez más cerca y ligado a aquel valiente y por eso siguió tuteándole, aunque recordándole:

—Fred, su copiloto, es uno de ellos.

—Sí, y lo siento mucho, Alan. Pero ya nada podemos hacer por él. Cayó fuera y…

—Volveré a ponerme mi equipo y saldré a por él…

—No, Alan. Tú debes venir conmigo. Ya se cuidará Rom de todo eso.

El nombrado caminó hacia su jefe al indagar.

—¿Y qué hacemos con ésos, capitán?

—Inyectarles también. Nos han combatido con saña, pero…

—Cumplían órdenes, Guy…

—¡Cierto, Alan! Y lo que me temo es que el «gran» Grazy Koza nos lanzará a otros muchos más.

—¡Pero esta lucha es absurda! A muchos de éstos yo los conocía. Más de una vez nos vimos en el comedor colectivo y…

—Olvida eso, Alan. Yo estoy dispuesto a liquidar a todo aquel que nos plante cara. ¡Reciba o no órdenes!

Uno de los tripulantes del *Z-15-28* se encogió de hombros al opinar, mirando a su jefe:

—El capitán tiene razón, señor. ¡O ellos o nosotros!

Siempre activo y resuelto, el capitán Guy Humel señaló hacia el fondo al decir:

—Bien; tenemos que seguir abriéndonos paso… ¡Si es preciso hasta el despacho de Grazy Koza!

—Espera, Guy. Antes, sería conveniente entrar en comunicación con el hospital. Algunas enfermeras deben atender a esos hombres.

—Te he dicho que Rom lo hará. ¡Nosotros debemos . seguir!

—Bien: os iré abriendo camino, por si nos atacan.

—No, Alan. Tú eres un hombre de ciencia. ¡Lo haré yo!

—¡Al diablo la ciencia! Ahora es tiempo de pelear.

El arma lista, Alan Prisley caminó hacia el fondo del hangar y poco a poco fue abriendo la puerta que les conducía a un largo pasillo, aunque con la cinta transportadora paralizada. No cabía duda de que sus enemigos no pensaban darles ninguna facilidad en aquel recorrido en el que, en cada pasillo, en cada habitación o esquina, podía brotar la muerte.

Sin embargo, los nueve hombres ganaron la segunda planta sin encontrar un nuevo obstáculo.

—Demasiadas «facilidades» —refunfuñó Guy Humel.

—El «gran» jefe les habrá ordenado a todos que suban a la tercera planta —opinó Alan Prisley.

—Es posible. Allí empezará de nuevo el «tomate».

Seguían avanzando habitáculo por habitáculo, sin encontrar a nadie. Sólo salas cada una de ellas dedicada a una especialidad: laboratorios, aulas de ensayos y experimentos, así como los departamentos dedicados a la conservación del ambiente que debía reinar en cada uno de los rincones del *Saturno XI.*

Una maravilla mecánica lograda con la ciencia del hombre.

Un buen triunfo de la raza humana.

Pero una raza que continuaba luchando entre sí.

En aquella ocasión por qué y para qué.

La incógnita seguía.

Alan Prisley dejó de pensar en todo esto al avanzar hacia uno de los ascensores y comprobar que sus puertas no obedecían al mecanismo.

—¡Los han desconectado! —anunció.

Los ocho hombres corrieron hacia él por el pasillo, nuevamente excitados, tensas las manos por si tenían que volver a utilizar las armas.

—Utilizaremos las escaleras —decidió rápidamente Guy Humel.

Un zumbido les hizo mirar a los altavoces que habían instalados en todos los pasillos. Y la voz antipática y siempre imperiosa del «gran» Grazy Koza llegó hasta ellos anunciándoles:

—¡Depongan las armas ahora mismo!

Aquella vez fue Alan Prisley quien actuó más veloz que el nervioso capitán Guy Humel. Su reacción fue acercarse a la pared del pasillo donde había la instalación del interfono. Con rabia bajó la clavija u su reacción fue:

—¡Al diablo con sus órdenes, asesino!

—¿Alan Prisley..., el «cazador» de estrellas, quizá...? —quiso concretar la misma voz—. Lástima no tener circuito de televisión por ahí. ¡Me gustaría verle también!

—A mí también me gustaría echarle la vista encima... ¡Y las manos también, canalla!

—Ahorre energía, joven. ¿Qué pretenden?

—Esa es también nuestra pregunta. ¿Por qué todo esto?

—Deberían estar en su... «destierro». En el *Saturno XII.*

Incapaz de mantenerse callado, el capitán Guy Humel también se acercó al interfono al bramar:

—¡Maldito asesino! Bien se cuidó usted de que no llegásemos.

—Usted es el capitán Guy Humel, ¿verdad?

—Bien lo sabe usted.

—¡Otro rebelde! —sentenció la voz—. Hombres así no nos sirven para nada.

—Eso lo decidirá el Gobierno Planetario, señor Koza —volvió a intervenir Alan Prisley.

—Se equivoca, Alan. Aquí, el único que decide... ¡soy yo!

—¡Pues venga a por nosotros!

—Haré algo más inteligente... Voy a conectarles el ascensor. Pongan todas sus armas en él y luego, uno a uno, con los brazos bien altos, irán ascendiendo por las escaleras.

—No somos tan ingenuos. Luego, con cualquier excusa, nos mandaría al infierno.

—¡Ahí deben ir todos los rebeldes! —sentenció la voz.

—¡De acuerdo! —aceptó en su furor Alan Prisley—. Pero en cuanto llegue ante usted..., ¡iremos los dos!

—Vuelve a equivocarse, «cazador de estrellas... A mí me quedan muchas cosas por hacer... ¡Y una de ellas muy agradable! ¿No se la figura?

Alan Prisley sintió una punzada en el corazón, adivinando lo que envolvían aquellas palabras. Hasta entonces había logrado ocultar a sus compañeros de lucha la angustia que sentía por la suerte que habría corrido Susan Trajan, pero entonces dijo:

—¿Qué ha hecho con Susan, canalla?

—¿Quiere hablar con ella, «cazador» de estrellas?

¡Dios santo! La tenía por lo visto junto a él. ¿Y con qué intenciones malvadas?

Tras cerrar los ojos y apretar con los dedos en el arma con más fuerza, el joven enamorado consiguió decir:

—Sí..., por favor. ¡Quiero hablar con ella!

—Se lo concedo, porque nadie más que ustedes y yo puede oír esta «amena» conversación. He desconectado los otros altavoces, tras ordenar a todo el personal que se traslade a los aposentos de seguridad.

—Muchos no le habrán obedecido. ¡Hay muchos que le odian tanto como yo!

—No sea ingenuo* Alan. ¡Los míos les han obligado! ¿Es que no sabe que nosotros formamos un clan? Naturalmente, me refiero a los míos. ¡A los de mi guardia personal!

—Es usted un fantoche, Koza. ¡Siempre tuvo aires de grandeza!

—¡Soy «grande»!

—Es usted un loco. ¡Un dictador!

—¡Cierto! Y por eso le dicto mis condiciones.

—Antes dijo que me dejaría hablar con Susan..., por favor.

—Eso me gusta, Alan... ¡Que me ruegue! ¡Que me suplique!

—Se lo suplico, señor Koza...

—Bien... ¡Se lo concedo!

Con ansias, Alan Prisley se pegó más a la pared, como no deseando perder ni una sola palabra que le retransmitiese el interfono...

CAPITULO IX

La voz siempre dulce de Susan Trajan sonó al saludar, aunque con tono triste:

—Sálvate, Alan... ¡No..., no quiero que subas aquí, cariño!

—¡Susan, mi vida! ¿Estás bien?

—Sí..., sí... De momento sí.

—¿Qué quieres decir con eso, nenita? ¡Habla! ¡Dímelo!

—Me..., me van a operar para...

El silencio que siguió se fue prolongando. Lo mismo que la angustia de Alan Prisley, que se imaginó que aquello se debía a que su odioso rival, aquel loco de Grazy Koza, impedía seguir hablando a la muchacha.

Su mano nerviosa casi destrozó el aparato al gritar por él:

—¿Qué pasa, Susan? ¿Por qué no sigues hablándome? ¡Hazlo, por favor, cariño!

Nuevamente la voz inconsciente y antipática pareció repercutir en el atormentado cerebro del joven enamorado, al sentenciar:

—Tuvo bastante, Alan... ¡Esta mujer será para mí!

—¡No! ¡Eso nunca, canalla! ¡NUNCA!

—Ni ella misma lo podrá evitar... Cuando la «domestique» a mi modo, cuando la operen..., ¡le aseguro que me amará mucho más que a usted!

—¿Qué le van a hacer? ¿De qué la van a operar?

—¿De veras quiere saberlo? Pues suba sin armas hasta aquí... Le prometo que mi guardia personal le permitirá llegar hasta mi despacho. Pero, claro... Todos sus amigos también tendrán que rendirse... Conectaré el ascensor y sus armas...

Obsesionado por lo que le pudiera ocurrir a la mujer que amaba, Alan Prisley no fue capaz de oír más. Sólo tenía un deseo y eso le

dio el impulso para olvidarse de los peligros que él pudiera sufrir, echando a correr por el pasillo en busca de las escaleras ascendentes. Y fue inútil que varios le grataran, como el mismo capitán Guy Humel:

—¡No! ¡Espera! ¿Estás loco, Alan?

En su carrera arrojó el arma, porque ya no quería luchar. Ya sólo deseaba volver a ver a Susan y, si era preciso, ofrecer su vida para salvarla.

Cuando alcanzó la planta tercera, dos hombres le esperaban ya apuntándole con sus armas. Eran pistolas paralizantes y por una fracción de segundo Alan Prisley temió sentir el fuerte impacto de las ondas que no tardarían en destruir todas sus células constitutivas, hasta que pocos minutos después todo su cuerpo se desintegrase.

No sentiría nada al recibir el impacto de las ondas, porque al instante quedaría paralizado. Como una estatua de piedra.

Pestañeó respirando muy hondo al ver que no le disparaban. Y hasta encontró ánimos para indagar:

—¿Dónde está Susan…, por favor?

Ninguno de los dos hombres le contestó.

Pero en uno de los recodos del pasillo tronó una voz áspera y tajante que ordenó secamente:

—¡Disparad! ¡MATADLE!

Adivinando la traición, Alan Prisley nuevamente se transformó. Al instante olvidó su entrega pacífica y todos sus poderosos músculos le impulsaron a morir luchando, lanzándose como una catapulta sobre el hombre que tenía más cerca, en un poderoso salto de varios metros para derribarle aferrado a sus piernas, al tiempo de sentir el agudo silbido de unas ondas que pasaron rozando sus cabellos. Un zumbido eléctrico le llegó al cráneo, pero no consiguió impedir su fulminante y rabiosa acción.

Posteriormente recordaría aquella crítica escena, aunque nunca sería capaz de comprender y explicar cómo pudo arrebatarle a su enemigo el arma, volver a ponerse en pie y disparar.

Disparar sin cesar contra el tropel de hombres que empezaron a poblar y a venir hacia él por el ancho y largo pasillo, dificultando los primeros alcanzados la marcha de los que les seguían, al quedar paralizados como estatuas de piedra.

Ni aun así Alan Prisley dejó de presionar sobre el gatillo del arma, dominado por una furia asesina como un ángel exterminador. Las invisibles pero silbantes ondas siguieron esparciéndose, paralizando todo lo que tenía vida.

Sólo cuando llegó ante la puerta del despacho de «gran» Grazy Koza, comprendió que todo el riesgo corrido no le había servido para nada. El racimo de hombres como estatuas paralizados en el pasillo aquí y allá, ya nada le podían hacer ni a él ni nadie sería capaz de penetrar en el «santuario» del «gran» Grazy Koza.

En su desesperación golpeó con el puño y la culata del arma contra aquellas murallas de acero, que sólo se movían por una extraña y complicada combinación de células fotoeléctricas, a su vez accionadas por el mecanismo de los isótopos radiactivos que sólo poseía la tarjeta personal del jefe supremo del *Saturno XI*.

Y esa cifra atómica sólo la conocía un hombre.

El que había prometido convertirse en dueño y señor de Susan Trajan.

Los pasos de sus compañeros que intentaban llegar hasta él sorteando aquel «bosque» de cuerpos humanos paralizados como árboles, hicieron que Alan Prisley cesara en sus vanos intentos de golpear la puerta metálica. Incluso prestó atención al comentario del capitán Guy Humel cuando, señalando hacia atrás con el índice sobre el hombro, feliz de encontrarle con vida, felicitó:

—La hiciste buena, Alan. ¡Los paralizaste a todos!

—¿Qué importa eso, Guy? ¡Nunca! ¡Nunca podré entrar ahí a por Susan!

Pero el «milagro» se hizo.

Pues, aunque lentamente, las puertas de acero empezaron a moverse hasta quedar abiertas totalmente. Alan Prisley no daba crédito a sus ojos.

* * *

Dentro del amplio despacho, una escena aún más increíble se presentaba a sus ojos.

Luciendo sus batas blancas, el doctor Ernst Hofman y el cirujano Thomas Walter se mantenían a derecha e izquierda del rígido Grazy Koza, a quien amenazaban con unos relucientes bisturís que casi se apoyaban en su cuello.

Y Alan Prisley reconoció perfectamente la voz del cirujano

Thomas Walter cuando advirtió al hombre al que dominaban:

—¡Quieto, Grazy...! ¡Y no olvides que ahora eres humano!

—¡Basuras! —masculló el hombre amenazado— Nada conseguiréis con esto!

Radiante de alegría, Alan Prisley fue a avanzar para abrazar a los médicos que, mediante su acción, les habían facilitado su entrada allí. Pero olvidó por completo su agradecimiento al descubrir a Susan Trajan más al fondo, aunque tendida en la mesa de operaciones quirúrgicas, inmovilizada por las correas.

—¡Susan, mi vida!

En un instante desató a la mujer y ansiosamente los dos jóvenes se abrazaron. La muchacha quedó sentada sobre la mesa de operaciones y el hombre la estrechó contra su pecho, uniendo sus mejillas y palmeándole la espalda.

Fue cuando los ojos desorbitados de Alan Prisley descubrieron otra «cosa»...

Sobre una bandeja y medio flotando en un viscoso líquido lechoso, «algo» parecía palpitar como un extraño corazón humano. Seis ventrículos aórticos se alimentaban del líquido lechoso con movimientos acompasados, absorbiéndolos unos y expeliendo los otros tres, en una demostración palpable de que «aquello» tenía vida.

Poseía vida propia...

Incapaz de apartar sus pupilas de ahí, Alan Prisley quedó tan absorto como asqueado. Abrió varias veces la boca y quiso preguntar con un alarido: «¿Qué es esto? ¿Qué significa esa "cosa"?» Pero fue incapaz de articular una sola palabra.

Una idea horrible le impedía hablar, penetrándole en el cerebro como un fino estilete, lacerándole, marcándole, haciéndole sufrir por lo que adivinaba.

No nacía mucho había oído a la propia Susan hablarle de «una operación»...

La muchacha seguía fuertemente abrazada a él, sentada sobre la mesa de operaciones. El cuerpo de la mujer temblaba y aunque unidas las mejillas, Alan no la podía mirar, sentía que las húmedas lágrimas mojaban su rostro.

Por eso tampoco dijo nada. No la quería alarmar más.

Pero cuando al fin la soltó y buscó las miradas de los dos

médicos, de alguna forma el cirujano Thomas Walter le comprendió, puesto que se puso a informarle quedamente:

—Sí, señor Prisley… Se lo íbamos a transplantar…

—¿Por qué, doctor Walter? ¿Qué significa todo eso?

Adelantándose un paso, el que respondió fue el doctor Ernst Hofman al señalar con el bisturí a la muchacha:

—Sería preferible que Susan fuese atendida por sus amigos, señor ingeniero.

—¡No! ¡No quiero que vuelvan a separarse de ti! —protestó la mujer, nuevamente abrazándose al hombre amado.

—Cálmate, cariño. Nadie nos separará.

—En ese caso, si usted quiere saber, señor Prisley…

— ¡Quiero saber! ¡Exijo saber, doctor Hofman! —casi gritó el joven.

—Bien… Pues empezaré por decirle que nosotros… no somos humanos.

Instintivamente,, Alan Prisley llevó una de sus manos al arma, aunque terminó por repetir como un eco:

—¿Que no son… humanos?

—No lo somos, señor Presley.

—¿A quién se refiere? ¿Hasta quién abarca esto?

—Pues… al señor Koza, al doctor Walter… y a mí mismo.

Hizo una pausa, alzó una mano y añadió:

—¡Ah! Tampoco lo son todos los que ha paralizado en el pasillo, los que lucharon contra ustedes en las rampas de lanzamiento y aterrizaje, y por supuesto los de las naves que les atacaron…

—Añade a todos los destinados en *Saturno XII* —se apresuró a corregirle el cirujano Thomas Walter—. Ya no queda ningún ser humano allí.

—¡Todo eso es absurdo! —bramó Alan—. ¿Qué pretenden ocultar tras esta majadería?

—¿Llama a «eso» majadería, señor Prisley?

La mano del cirujano señalaba la bandeja donde seguía con su misterioso latir aquella víscera que parecía nutrirse y tomar la fuerza para su movimiento de un líquido lechoso.

—¿Qué es, doctor Walter?

—Pues… lo que ustedes llamarían «corazón».

—¡Monstruoso! En todo caso, debe ser el corazón de un

inmundo animal.

Los ojos de los médicos chispearon, aunque el cirujano informó con calma:

—¡No diga eso! Pertenece a una raza muy superior a la humana. Lo digo porque si su mundo empezó a ser habitable hace equis miles de millones de años, nuestro sistema solar tiene una antigüedad mucho mayor. Procedemos de la Constelación Virgo, o lo que ustedes llaman el Sexto signo del Zodíaco.

—¡Absurdo! —volvió a exclamar Alan Prisley—. ¡Eso queda a más de doscientos años luz!

—Pero usted…, usted y el doctor Hofman. Yo… ¡Yo les conozco perfectamente y…, y…!

—Por supuesto que nos conoce, señor Prisley. Y nadie habría notado nada, de haberle hecho ese transplante a Susan. Nosotros…

Asombrado por la idea que cruzaba su cerebro, Alan Prisley señaló la bandeja, aunque mirando a los médicos al interrumpir:

—¿Quieren…, intentan decirme que ustedes…, ustedes dos han sufrido un trasplante? ¿Que llevan, en vez de corazón humano, una «cosa» como ésa?

—No sólo nosotros dos, sino también todos los que le dijimos.

Al observar la mayor perplejidad en su rostro, el otro médico ofreció, empezando a desabrocharse la bata:

—¿Quiere comprobarlo? Verá la cicatriz… ¡Y eso que lo hacemos con bisturís electrónicos!

Contrariamente a lo que esperaban, Alan Prisley alzó velozmente su mano y rechazó con brío:

—¡No! ¡No me hace falta esa comprobación! ¡Pero sí que me contesten a muchas preguntas! ¡Y lo van a hacer ahora mismo!

Inclinándose casi versallescamente, los dos médicos aceptaron:

—A su disposición, señor Prisley. Hicimos que Grazy Koza se rindiese para intentar salvar nuestras vidas.

La misma excitación en la que vivía le hizo erigirse en jefe del grupo al indicar al capitán Guy Humel:

—Vigilad bien a ese canalla, Guy. ¡Vamos a aclarar todo esto de una condenada vez!

CAPITULO X

Sentado frente a los dos misteriosos personajes, Alan Prisley invitó ya con más calma:

—Puede empezar, doctor Walter. ¡Y no omita nada!

—Verá... Sería mejor que hablase con Grazy Koza. De entre nosotros, él fue el primero en introducirse entre ustedes, fue nuestro jefe y...

—Siga usted. ¡No deseo hablar con ese canalla!

—Pues... en verdad poco hay que decir, señor Prisley.

—¿Poco? ¿Le parece «natural» que seres como ustedes vivan entre nosotros, utilizando cuerpos humanos tras realizar ese monstruo transplante?

—Nada de «monstruoso», señor Prisley. Es un transplante corriente y normal, como otros muchos que efectúan ustedes en sus clínicas y hospitales.

—Nosotros los realizamos para salvar o prolongar una vida humana.

—Y nosotros para vivir en su mundo.

—Pero utilizando un cuerpo que no les pertenece.

—¿Qué importa eso, si el cuerpo no cambia? Yo mismo sigo siendo el doctor Thomas Walter. La verdad es que me asusté mucho cuando en el *Saturno XII* me eligieron para hacerme ese transplante. Pero ya lo ve, ni usted mismo se habría dado cuenta de nada, de no confesárselo nosotros. Me volvieron aquí... ¡Y seguí cumpliendo con mis funciones de cirujano!

—¿Cómo se inició todo?

—¿Me creerá si le digo que hace... miles de años?

—¿Miles de años? —repitió como un eco el asombrado Alan Prisley.

—Sí… Hace todo ese tiempo, los habitantes de nuestro sistema solar empezaron a pensar que no podíamos estar solos en el Universo. Así que uno de los más sabios de entre nosotros propuso la idea de ponernos en contacto con posibles habitantes de otros mundos, por medio de señales luminosas. Idea que supongo que ustedes, los terrícolas, también habrán tenido a través de los siglos de su Historia.

Al guardar silencio Alan Prisley, al doctor Ernest Hofman indagó con intención machacona:

—¿No es así, señor Prisley?

—¡Lo es! —confesó al fin el joven ingeniero.

—Usted mismo, que yo sepa, siempre ha estado soñando con tal posibilidad.

—Así es, doctor Walter. ¡Pero siga!

—Así concibieron el proyecto de encender gigantescas hogueras en una zona grandiosa y desértica de nuestro planeta, tan grande como puede ser la Siberia rusa de ustedes, o el desierto que llaman Sahara. La disposición de tales hogueras gigantescas debían corresponder, por ejemplo, a la exposición de un teorema clásico de la geometría, lo que ustedes llamarían el teorema de Pitágoras, más o menos.

—¿Y lo hicieron?

—Sí, pero ya le he dicho que tales ensayos fueron hace miles de años… De cualquier manera, pensaban que con ello los seres inteligentes de otros mundos, al divisar las hogueras mencionadas, deducirían que nuestro planeta estaba habitado por seres igualmente inteligentes, y que contestarían por medio de señales más o menos parecidas.

—Tratándose de distancias a años luz, ni con los más modernos telescopios podría verse una cosa así —opinó Alan Prisley.

—Por supuesto, señor Prisley; pero nuestros ingenuos antepasados no disponían de otros medios.

—¿Y ahora sí?

—Sí… Al menos desde que dominamos los rayos láser.

—También utilizamos el láser nosotros.

—Lo sabemos… Y usted a su vez sabe que el láser es un dispositivo electrónico que produce haces luminosos fuertemente concentrados y dotados de elevadísima energía. Digamos que

ustedes utilizan una mala imitación de las Fuerzas lumínicas del Universo.

—Nos perfeccionamos. ¡Se lo aseguro!

—No lo dudamos, señor Prisley. Sobre todo cuando le digamos que nosotros, mucho más adelantados, le podemos demostrar que un rubí artificial, excitado de una determinada forma emite una luz que es todavía más clara y potente que la que emite su Sol. Los destellos luminosos que parten hacinados del cristal, en forma de un rayo luminoso de intenso color rojo, tienen una duración aproximada de media milésima de segundo. La intensidad del destello es increíble. Una superficie inferior a un centímetro cuadrado emite una energía lumínica de 10.000 vatios, mientras que el valor correspondiente es sólo 6 vatios en el caso de la luz solar.

—¿Todo eso lo han comprobado?

—¡Oh, hace muchísimo tiempo, señor! El rayo luminoso se desvía de su trayectoria un metro como máximo en la distancia de un kilómetro. Con ayuda de los láser, sería teóricamente posible proyectar sobre la superficie de su Luna, por ejemplo y desde su Tierra, un círculo luminoso de ¡cincuenta kilómetros de diámetro, por lo tanto visible desde una larga distancia! Y créame que las posibilidades de utilización de los rayos láser no quedan agotadas con esta aplicación. Le diré, por último, que concentrando los rayos láser a través de gigantescos rubíes..., ¡se consigue alcanzar una intensidad de 1.000 millones de vatios por centímetro cuadrado!

Alan Prisley seguía reflexionando, cuando la voz del doctor Ernst Hofman sustituyó la del doctor Thomas Walter al asegurar:

—Nosotros poseemos aparatos de láser tan potentes, que las señales luminosas emitidas por ellos pronto podrán ser vistas a distancia de decenas de años luz.

—¡Es asombroso! —no pudo por menos que pondera al joven.

—Tanto es así, que confiamos que nuestras señales pronto serán captadas por posibles habitantes de otras galaxias, por otros muchos planetas habitados, de los que, por ejemplo, giran alrededor de las estrellas Tau de la Constelación de la Ballena y Épsilon, de la Constelación de Erídano. Estamos, pues..., ¡abiertos al Universo!

—Todo eso es muy interesante, pero mi pregunta era, ¿cómo empezó su contacto con nosotros, con nuestro mundo?

—Bueno... Descubrimos que en su Sistema Solar había vida inteligente, por lo menos en el planeta Tierra.

Algo inquieto, Alan Prisley quiso saber:

—¿Ya han llegado hasta allí?

—No todavía... ¡Pero pensamos hacerlo!

Al adivinar la inquietud del joven, el doctor Ernst Hofman volvió a intervenir.

—Nuestro ensayo ha sido en estos dos satélites artificiales que han montado cerca de Saturno, para estudiar tal planeta. Están bastante alejados de la Tierra y por aquí... Bueno, no sé cómo decirlo...

—Le ayudaré yo, doctor Hofman. Quiere decir que no recibimos muchas visitas de la Tierra. ¿No es eso?

—Algo así. Toda operación que se monta, al principio hay que realizarla con mucha cautela.

—Les comprendo... Sobre todo, cuando necesita «saquear» cuerpos humanos para poder seguir viviendo en nuestro ambiente.

—Usted se empeña en poner las cosas difíciles —pareció reñir el doctor Walter—. Cuando yo ocupé el cuerpo de Thomas Walter, ¡él no murió! Ya ve que sigue aquí conmigo. ¡Nadie se dio cuenta de que era otro ser!

—Y naturalmente, a la pobre Susan le habría pasado lo mismo, si le hubieran hecho aquel condenado transplante. ¿Verdad?

—Usted está enamorado de esa linda mujercita y es natural que tal posibilidad le horrorice. Pero olvida algo muy importante, joven. Susan Trajan se habría enriquecido, tanto en saber cómo experiencia.

—La prefiero tal como es.

—Para usted sí, pero no para compañera de Grazy Koza.

—¡Grazy Koza es un asesino!

Tras intercambiar miradas entre ellos, el doctor Walter siguió argumentando:

—Bien. Admitamos que se excedió en sus funciones. El ya era jefe de nuestro planeta y cuando se la transplantó al cuerpo de Grazy Koza se sintió el amo absoluto de *Saturno XI* y *Saturno XII*.

—Grazy Koza fue un gran científico en la Tierra.

—Precisamente por eso se le eligió a él. Así podrá obrar aquí con toda responsabilidad e independencia.

—Ya comprendo. Pero no sé cómo pudieron ustedes...

—En uno de sus viajes a *Saturno XII*, para inspeccionar aquel otro satélite artificial, una de nuestras astronaves sorprendió a la suya. Se les hizo el transplante a todos los tripulantes, incluyendo a Grazy Koza... ¡Y todo empezó!

—Pero ustedes, sus cuerpos...

La mano del doctor Thomas Walter quedó alzada al interrumpir:

—Mejor que ignore eso. No le agradaría saber cómo son nuestros cuerpos.

—Por otra parte —intervino Ernst Hofman— ya sabe lo de su sabio Einstein: todo es relativo, y máxime la fealdad o la belleza.

—Sí, claro. Todo depende del cristal con que se mira.

—O desde la dimensión con que se observa —remachó el doctor Walter.

—De cualquier manera, le daremos un dato más. Son muy pocos los seres que viajan corpóreamente desde nuestro mundo al suyo, señor Prisley. Nos basta traer latiendo vísceras como la que ha visto para los...

—¿Para trasplantarlas a cuerpos humanos...? —preguntó con ironía Alan Prisley.

—Usted lo ha dicho.

—¡Eso es un delito!

—Por favor, señor Prisley. Acabamos de hablar de la relatividad de las cosas. La moral también lo es y todo fin justifica los métodos.

—¡Alto ahí! —se levantó Alan Prisley—. Por eso sí que no paso y aquí, bajo una estricta y razonable moral... ¡Ningún fin justifica los medios!

—Pero ¿ustedes no se comen a sus vacas, a sus gallinas y a tantos otros de sus animales, para subsistir, para vivir? ¿No contaminan sus ríos, sus lagunas y hasta sus mares y océanos, para que su industria supermecanizada haga «progresar» a lo que llaman, tan orgullosos, su supercivilización?

—¿Y no saquean a todos los planetas que van «civilizando» de su Sistema Solar, para extraer de ellos materiales y minerales con los cuales seguir avanzando? —intervino a su vez Ernst Hofman.

—¿Saben a cuántos trillones de seres vivos, a cuánta vida orgánica, están sacrificando?

—¿Y qué me dice del propio espacio? Lo están conquistando,

pero para controlarle sólo ustedes, los terrícolas?

—De haber sido al revés, de capturar a nuestra nave la de ustedes, en la que viajaba el cuerpo de Grazy Koza, ¿qué habría sido de la suerte de los nuestros?

—Estamos seguros de que nos habría exterminado.

—Al menos, nosotros permitimos que sus cuerpos sigan existiendo, viviendo, percibiendo sensaciones.

—Pero no sensaciones típicamente humanas —argumentó el abrumado Alan Prisley.

—¡Mejor que eso! Sus cuerpos viven en nosotros —o nosotros en sus cuerpos—, si lo prefiere así, con mayor riqueza y sabiduría. Nuestra víscera les da «sangre» blanca y no roja… ¡Y ya sabe lo que significa el color rojo, violencia, salvajismo y crueldad!

—¿Sangre blanca? —repitió el cada vez más asombrado Alan.

—¡Aquí la tiene! —ofreció en su argumentación Thomas Walter, pinchándose en uno de los dedos.

Alan Prisley miró fijamente aquel dedo y vio fluir de él un líquido viscoso de color lechoso que ya había visto. Esto le hizo recordar a Susan Trajan, sujeta sobre una mesa de operaciones y junto a una víscera repelente y extraña que palpitaba.

Dio la charla por terminada, pero reconoció:

—Señores… ¡Jamás nos pondremos de acuerdo!

—Es natural, joven. Pertenecemos no sólo a civilizaciones distintas, sino también a mundos diferentes.

—¡Muy diferentes!

—Lo que nos dice que será cuestión de tiempo. —Más tarde trataremos sobre eso. Pero de momento, al igual que Grazy Koza, ustedes dos tendrán que vivir confinados.

—Nos necesita a los dos. Soy buen médico y Walter un excelente cirujano.

—Pediremos otros a la Tierra. De cualquier maneraˆ como ustedes dos nos ayudaron a capturar a Grazy

—Le somos sinceros. Lo hicimos porque usted termino con muchos de nosotros. Nos vimos perdidos y ¡Ernst y yo queremos vivir!

—Será examinado todo el personal del *Saturno XI*. ¡Los rayos X nos ayudarán a localizarles!

Ya no hará falta. Ya vio que con solo pinchar un dedo.….,

—En cuanto a los suyos que se han apoderado del *Saturno XII*, ¡si quieren guerra la tendrán!

Alan Prisley buscó la salida y les dejó solos. Cuando salió de aquella habitación sacudió la cabeza.

Tenía la extraña y molesta sensación de que acababa de dejar otro mundo..

Uno de los muchos mundos del Universo...

CAPITULO XI

Reunidos en asamblea general, la mayoría de los destinados en el *Saturno XI* decidieron que había que exterminar a Grazy Koza y a todos los suyos.

Las discusiones se prolongaron durante horas.

Sólo al final, Alan Prisley consiguió imponer su criterio.

—Pediremos instrucciones al Gobierno Planetario.

—Tardaremos mucho —objetó el capitán Guy Humel—. No disponemos de comunicación directa con la Tierra.

—Que salga una astronave hacia Marte y desde allí den cuenta de todo lo que sucede aquí. Cuando regrese sabremos las instrucciones —propuso uno de los científicos nucleares.

—¡No! ¡No! ¡Los debemos matar! —gritaron muchas voces.

—¡Por favor! ¡Silencio, por favor! —consiguió Alan Prisley—. Podemos convertirnos en sus jueces... ¡Pero no en sus verdugos!

—¿Por qué no? ¿A cuántos de los nuestros han asesinado ellos?

—Aun mirando las cosas desde ese punto de vista, nosotros no debemos imitarles.

Cuando los ánimos se fueron calmando, el joven ingeniero aún argumentó: —Aún hay que mirar el problema en su conjunto. —¿A qué te refieres, Alan?

—Verás, Guy... El *Saturno XII* está lleno de ellos. Un enfrentamiento significaría la guerra cósmica.

—¿La guerra cósmica?

—Sí, Guy... Nuestro Sistema Solar contra los de la Constelación Virgo.

Observó que iba ganando terreno y puntualizó:

—Y eso significaría, a su vez..., ¡el exterminio de nuestra civilización!

—¡Lucharíamos hasta el final! —volvieron a gritar algunas voces.

—Nos vencerían —volvió a insistir Alan Prisley—. Dispongan de técnicas mucho más avanzadas. Una prueba de ello es que están aquí, que llegaron a instalarse dentro de nosotros...

—Entonces, ¿qué propones?

—Ya lo dije, Guy: comunicar lo que pasa al Gobierno Planetario, pero al mismo tiempo invitarles a todos ellos a que se vayan... ¡A que vuelvan a su mundo!

—¿Cómo podrían hacerlo?

—El doctor Hoffman y el cirujano Walter me han dicho que una de sus astronaves está en *Saturno XII*.

Hizo una pausa antes de informar:

—Es en la que transportaban hasta aquí esas..., esas condenadas vísceras que luego, poco a poco, iban transplantando en los que elegían.

De entre los reunidos brotó una voz que quiso concretar:

—¿Usted fue uno de los elegidos, señor Prisley?

—No... Sólo «desterrado» con once más... Lo que significaba que debíamos ser eliminados en el espacio: luego, Grazy Koza comunicaría que había sido otro «accidente».

Consideró incompleta la información y por eso añadió:

—Por lo visto, sólo hacían el transplante a las personas que consideraban más dóciles. En las más rebeldes hay algo así como un posible rechazo y no querían esos problemas.

—¿Y usted les quiere perdonar? —insistió la misma voz—. ¡Ellos pretendieron asesinarle!

—Escúcheme, amigo... No se trata de perdonar, sino de obrar lo más prudente y consecuentemente. Ya les he advertido que los peligros de un enfrentamiento total.

Observó que nadie volvía a objetar y pidiendo calma con los brazos alzados, rogó:

—Y ahora, pongan mucha atención, por favor... Todos tendremos que pasar un riguroso examen médico. Se hará con orden y sin ninguna excepción. ¿Verdad que lo comprenden?

La aceptación fue general y el capitán Humel intervino al pedir:

—Vayan formando comités que serán precisos, amigos. Desde ahora, en el *Saturno XI* se trabajará de muy distinta manera.

El «¡HURRA!» también fue general. La férrea y dictatorial disciplina impuesta por el «gran» Crazy Koza había terminado. Los destinos de los hombres y mujeres destinados allí ya no serían regidos por seres de un mundo ignoto, perdido en los confines del Cosmos.

* * *

Junto a las rampas de lanzamiento, un pequeño grupo se despedía de los diez únicos pasajeros que se disponían a viajar en la astronave dispuesta a partir.

En realidad, más que despedirles, les vigilaban. La nave había sido programada para el cuelo directo hacia el *Saturno XII* y antes de subir a la nave, el doctor Ernst Hoffman y cirujano Thomas Walter desearon saber:

—¿Nunca más nos aceptarán entre ustedes?

—¡Nunca, doctor Walter! Ya les hemos dicho lo que opinamos sobre esos trasplantes.

—Bueno, en realidad... Ya le dijimos que todo es relativo.

—Diga más bien injusto. Por cada uno de ustedes que viviese aquí, otro de ¡os nuestros tendría que morir.

Alzando una de sus cuidadas manos, el doctor Ernst Hofman pareció tener una idea luminosa y exclamo:

—.¡Eh, oiga! ¿Y si utilizásemos sólo a los muertos? Nuestra técnica de transplantes podría ser más depurada y así...

—No siga, doctor Hoffman, por favor.

—¿Y por qué no, señor Prisley? Nuestro único mensaje para los suyos se lo voy a decir ahora..., ¡ahora mismo!

—Usted dirá, amigo.

—Es éste... ¡Déjenos en paz!

—¿Que les dejemos en paz?

—¡Eso he dicho!

—No... ¡No le comprendo, Prisley!

—Es muy sencillo, doctor. ¡No queremos nada con seres como ustedes!

—Pero usted... ¡Usted se ha pasado media vida precisamente buscando, anhelando estos contactos!

—Lo admito. Precisamente mis problemas con Grazy Koza empezaron por eso. ¡No deseaba que siguiera investigando en ese terreno!

—Bueno... Grazy Koza temía que llegase usted a descubrirnos. Si algún día llegaba usted a captar los mensajes que nos envían a nosotros, comprenderá que...

—No se hable más, doctor Walter

En aquel instante una idea le asaltó y muy interesado añadió:

—¿O en realidad debería llamarle por otro nombre? —Bueno, pues... ¡Sí! Yo sólo ocupo el cuerpo de ese hombre.

—Sólo por curiosidad científica..., ¿nos podría decir con quién hemos tratado en realidad?

Su interlocutor pareció dudar, forzó media sonrisa y terminó excusándose.

—No servirá de nada y hasta es posible que no llegue a comprenderlo.

—Inténtelo, por favor. ,

—Bueno... Entre nosotros sólo..., sólo utilizamos cifras.

—¿Y la suya es...?

Nueva sonrisa tirando a burlona al ironizar:

—¿Se asustaría mucho si le digo que la mía corresponde al TRES BILLONES NOVECIENTOS OCHENTA Y TRES MIL MILLONES...?

—Algo largo, ¿no?

—¡Oh, no! No tanto como el nombre y los dos apellidos que ustedes utilizan.

—Y además —intervino Hoffman—. Es más concreto. Nunca hay repeticiones y por lo tanto equivocaciones.

—De cualquier manera... ¡Buen viaje!

—¿Lo dice de corazón, señor Prisley?

—¡Totalmente! Aunque lamentando que nuestro primer contacto con otros mundos haya sido precisamente con ustedes.

—¡Eh, no se desanimen! ¡Hay otros muchos!

—Lo sé, tres billones novecientos ochenta y tres mil millones.

—Veo que ha aprendido bien mi nombre.

—Otra cosa. Digan a los suyos que les esperan en el

Saturno XII, que sólo disponen de TRES DIAS para alejarse de allí.

—¿Es una amenaza?

—Es una advertencia.

—Verá, Prisley. Nosotros no queremos un enfrenta-miento directo. —¡Ni nosotros!

—Pero en el caso de que llegase, no olvide que somos muchos, estamos más civilizados y… —Lo segundo no lo admito. —Tómelo como quiera.

—Hasta nunca. Y no se olviden de nuestro mensaje

—Sí, ya sé… «QUE LES DEJEMOS EN PAZ».

—Exacto.

Poco después, la astronave partía del *Saturno XI*. Los que allí quedaban tenían la esperanza de que no regresasen jamás.

¡JAMAS!

* * *

Tiernamente abrazada al hombre amado, Susan Traían acurrucó su dorada cabeza contra el tórax de Alan Prisley y musitó:

—¡Te adoro, Alan!

—Y yo a ti, mi vida.

Nuevamente reinó el silencio, hasta que ella preguntó:

—¿Crees que volverán?

—No, Susan. Tranquilízate, amor mío.

—No lo digo sólo por mí, sino por lo que pudiera pensar la raza humana.

—La raza humana seguirá adelante. ¡Seguro!

—Pero esos seres…

—Esos seres podrán estar técnicamente más adelantados que nosotros. Pero considero que todo adelanto, toda civilización real, para progresar realmente en todos los órdenes es PRECISO que se rija por un orden moral muy estricto.

—Te comprendo, Alan.

—Por otra parte, creo que con respecto a nosotros tienen un fallo.

—¿Cuál, mi amor?

—¡Necesitan nuestros cuerpos! Sólo pueden vivir en nuestro mundo por medio de esos transplantes.

—¡Fue horrible, Alan…! A mi casi…, casi…

—Olvida eso, Susan. ¡Ya pasó todo!

—Grazy Koza era… un monstruo.

—Ya ves lo que hizo a última hora. Se inmoló, para no tener que regresar con los suyos.

Alan Prisley se sentía en aquellos instantes tan feliz, tan realizado, que quiso darle un giro divertido a la charla y manifestó:

—¡Seguro que temía que allí sus jefes le pidieran responsabilidades! ¡Fue también un cobarde!

—¡Y tú, Alan? ¿Seguirás con tus investigaciones?

—¿Por qué no? En el Universo deben de haber miles de invitados y no todos van a ser como esos de la Constelación Virgo.

—Sí, claro… ¡Será así!

—¡Claro, mujer! Hay que tener siempre esperanzas.

—Me alegra de que tú las sigas teniendo.

—Sin ellas no hay futuro, Susan. Es más, si arrancamos la esperanza del corazón del hombre, haremos de él un animal de presa.

—¡Qué bueno eres, Alan!

Y para demostrarle su amor, la mujer volvió a cerrar la boca del hombre con sus labios.

Y siguieron besándose…

FIN